



Olvidando

el pasado

Amaya Evans

OLVIDANDO EL PASADO

Amaya Evans

2018

Título Original: OLVIDANDO EL PASADO

Copyright © 2018 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Sinopsis

Joseph Powell se enamoró perdidamente desde muy joven de la chica más hermosa de la pequeña ciudad donde vivía. Pero Amanda Hughes era la hija de uno de los hombres más ricos del lugar y al final, ella lo traicionó cruelmente, mientras él era víctima de un engaño que lo llevó a pagar años de cárcel de manera injusta.

Ahora que ha pasado el tiempo, y él es un hombre poderoso ¿Buscará vengarse de quien fue el único y verdadero amor de su vida? ¿O tal vez una pequeña sorpresa cambiara sus sentimientos haciendo que él

pueda perdonar y olvidar su pasado?

Capítulo 1

Amanda conducía su BMW, ese auto era el único bien material que le había quedado de su vida pasada. Ahora iba en él, por la carretera que llevaba a la pequeña comunidad de North Pines, lugar donde había crecido y al que conocía demasiado bien. Veía como los grandes árboles iban quedando atrás para dar paso a las casas y a las granjas donde muchos de los dueños se ganaban la vida dedicándose a la ganadería o a la agricultura. Veía los prados verdes, enormes, con caballos que corrían sobre ellos, dejando ver a lo lejos el atardecer y haciendo que el momento se convirtiera en una bella imagen para recordar. Cuantas veces ella había montado a caballo de pequeña viendo el cielo rojo y naranja disfrutándolo como si fuera el último día de su vida. En ese entonces era una niña feliz que no sabía de crueldades ni injusticias como unos años después lo averiguaría.

— ¿Mami, ya llegamos?

—Sí cariño, ya casi—su hija Jo, llevaba horas haciéndole la misma pregunta y ella le respondía que faltaba poco. Afortunadamente ahora si

era cierto—la miró un momento mientras ella estaba concentrada en lo que veía a través de la ventanilla del auto— ¿te gusta lo que ves?

Jo hizo cara de no estar muy convencida—más o menos.

Amanda sonrió, su hija tenía el carácter rebelde de su padre y había heredado muchas más cosas que la hacían recordarlo cada día.

—No es tan malo, Jo. Además lo mejor de todo es que estamos juntas—le guiñó un ojo y su hija medio sonrió.

—Sí pero no volveré a ver a mis amigos en Nueva York—su voz sonaba triste—Melli, y Zack—. Seguro se olvidarán de mí.

—Cariño, nadie podría olvidarse de ti, jamás.

—Tal vez ahora mismo no se pueda, pero te aseguro que más adelante podrás verlos, y tampoco estamos en el polo norte, hija. Aquí hay teléfonos y podrás hablar con ellos. ¿Acaso no me dijiste que tenías el número de varios compañeros en la tarjeta de despedida que te firmaron todos?

—Sí...

—Bueno ahí lo tienes, mañana mismo los llamaremos y les diremos que en vacaciones pueden venir.

Los ojos de ella se iluminaron— ¿de verdad mami?

—Por supuesto, cariño—alargó la mano y acarició el rostro de su hija—ahora dame un beso y cambia esa cara.

La niña se acercó con cuidado porque su madre conducía y le estampo un beso grande en la mejilla—te amo, mami.

—Y yo te amo a ti, cariño. En ese instante vio la señal que decía

Green Forest Cottage—allí está la casa, amor. Por fin llegamos—dijo entre feliz y melancólica. Esa había sido la casa en la que creció, había sido la casa de sus padres y antes de ellos de sus abuelos. Su abuela era inglesa y ese nombre se lo había puesto a la casa desde que la vio por primera vez, cuando su esposo la había comprado para iniciar su nueva vida juntos y la propiedad era apenas la mitad de lo que era hoy día. Pero cuando Amanda se acercaba y fue notando el estado lamentable de la casa, quiso llorar. ¿Como su padre había dejado que aquella propiedad tan hermosa, llegara a verse tan mal?

— ¿Es esa?—pregunto la niña tan asombrada como su madre, pues durante todo el camino hasta allí, Amanda le había estado hablando de lo hermoso que era el lugar y de los caballos y las vacas, de cómo podría alimentar a las gallinas y pasear por el bosque que colindaba con la parte trasera de la casa.

—No...no sé qué es lo que pasó—se estacionó rápidamente frente a la casa—no podemos juzgar algo por su exterior ¿verdad?—le dijo a su hija, tratando de ser optimista— ¿Qué te parece si entramos y vemos todo?

La niña asintió y la tomó de la mano. Al entrar a la casa quedaron más sorprendidas que antes. Todo el lugar era un desastre, los muebles desvencijados, y llenos de polvo, las cortinas raídas, el piso de madera tenía piezas faltantes y a medida que fue recorriendo el salón de visitas cuya lámpara enorme ocupaba gran parte del techo, no pudo hablar. La enorme lámpara estaba a punto de caerse y el adorado piano de su padre ya no estaba.

—Mami...no llores—escuchó que su hija le decía. Enseguida se llevó una mano a la mejilla—no se había dado cuenta de que lloraba pero era duro ver aquella propiedad imponente y hermosa convertida en nada. ¿Hasta dónde había llegado el alcoholismo de su padre? Ella trató una y

otra vez de ayudarlo pero al final se rindió porque aquel hombre no era ni sombra del que una vez fue un ser altivo, emprendedor y preocupado por los suyos.

—Vamos arriba, mami. Seguro estará mejor—Jo quería animarla.

Amanda se preocupó porque no fuera así. No tenían más que esa casa y los pocos ahorros que ahora le quedaban después de su bancarrota y de pagarle a sus acreedores. Mientras caminaban por la segunda planta, observó todo tipo de cosas que le trajeron recuerdos y vio el dormitorio de sus padres que por un momento la hizo volver en el tiempo y verlos a los dos riendo y su padre abrazando a su madre, diciéndole algo al oído. Sin embargo la dura realidad era que todo estaba en ruinas, como su vida. La habitación que Amanda quería para Jo, era la que había sido de ella cuando niña y vio con alivio que aunque estaba llena de polvo, era una de las que estaba en mejores condiciones, junto con la de su hermano Francis y las de huéspedes. Tenían sus daños pero era menos que las demás.

—Limpiaremos todo esto y quedara perfecta para ti—le habló a su hija con su mejor tono optimista. Se dirigió al closet que aún tenía muchas de sus cosas —aquí podrás colocar tu ropa, cariño.

—¿Dormirás conmigo?—preguntó ella enseguida.

—Sí eso quieres, eso haremos. Pero aquí no debes tener miedo, no hay nada malo en esta casa además del polvo—sonrió.

—Prefiero dormir esta noche contigo.

—Está bien, cariño. De todas formas ya se está haciendo de noche y lo máximo que podremos hacer antes de que se acabe el día será limpiar tu cuarto y la cama, así que aquí dormiremos las dos y ya mañana nos encargaremos del resto. ¿Te parece?

La niña asintió—tengo hambre.

—Hoy solo comeremos sándwiches y refrescos. Mañana iremos al súper mercado y compraremos más cosas. Ahora, manos a la obra, tu puedes ir desempacando algunas cosas y yo limpiaré este desorden.

El sol sorprendió a ambas; madre e hija, en la cama, agotadas porque hasta tarde habían estado limpiando para tratar de dejar al menos esa habitación, un poco decente. Ese día tenía pensado ir al pueblo y tal vez contratar a alguien que la ayudara con lo más esencial de la casa. Aunque si lo pensaba bien lo esencial era muchas cosas, todo el sistema eléctrico estaba mal, la mayoría de las ventanas estaban rotas, sin hablar de que a toda la casa le faltaba una mano de pintura y arreglos en el techo. No creía que el dinero alcanzara, pero algo debía hacer. Lo más importante primero y luego con el dinero que fuera adquiriendo de las ventas de sus fotos y de algunos diseños de sus blusas, tal vez conseguiría el resto. Después de esperar a que Jo se bañara y desayunara ambas partieron a ver como solucionaban su situación. Ella no quería pasear por todo lado, así que solo fue a la ferretería y al supermercado más cercano. Cuando estaba colocando varias botellas de jugo de naranja en su carrito de merca, una figura alta y delgada se puso de pie frente a ella.

— ¿Amanda?

—Sí...respondió algo temerosa, antes de voltear a mirar.

—Soy Andrew Bell. ¿Me recuerdas?

— ¡Oh claro! —le dio gusto ver una cara conocida—.Por supuesto que te recuerdo Andy, ¿Cómo has estado?— se abrazaron— ¿Y cómo está Becky?

—Bueno, ahora soy su esposo. Nos casamos hace cinco años y tenemos un niño.

—Me alegro mucho por ustedes dos, siempre dije que hacían una bonita pareja.

—Muchas gracias. ¿Y tú donde has estado todo este tiempo? Escuché que te habías marchado a Los Ángeles y que luego estuviste viviendo un tiempo en Chicago.

—Sí, es cierto, después me fui a Nueva York para hacer mi propia compañía y ahora decidí regresar porque las cosas no estaban saliendo muy bien, y quise darme un pequeño respiro—pensó que tampoco debía decirle a todo el mundo que estaba en bancarrota, eso era algo personal... o por lo menos hasta que el periódico sacara un artículo sobre ese tema, cosa que no demoraría.

—Entiendo...a veces es bueno darse un respiro de todo aunque debe ser un cambio fuerte pasar de un lugar ruidoso y lleno de gente como Nueva York a esta pequeña comunidad donde todo el mundo se conoce y no hay muchas cosas interesantes.

—No creas, a mí me gusta todo esto—.

Su hija apareció en ese momento—Mami, quiero llevar Doritos ¿Puedo?

Amanda rodó los ojos y Andrew se echó a reír—siempre prefieren la comida chatarra que la verdadera.

—Y esta preciosidad es tu hija, por lo que veo.

—Lo es—abrazó a la pequeña—esta señorita es Jo.

—Señorita Jo, mucho gusto en conocerla. La niña sonrió— ¿eres amigo de mi mami?

—Lo soy, desde hace muchos años. Conozco cada rincón de la casa donde ahora vives, porque allí tu madre y varios niños más coríamos de un lado a otro, jugando.

—Nos divertíamos mucho—añadió Amanda sonriendo.

—Sí que lo hacíamos—empezó a reír—eran buenos tiempos. De repente miró su reloj—Lo siento, creo que tengo que irme. Todavía estoy trabajando aquí, y luego debo ir a la ferretería.

—Yo necesito ir allí porque tengo que comprar algunas cosas pero sobre todo requiero con urgencia un electricista.

—Pues haberlo dicho antes, aquí estoy para ayudarte.

— ¿Eres electricista?

Y el dueño de la ferretería.

— ¡Por supuesto!—negó con la cabeza— No sé cómo lo olvidé, siempre fuiste el que arreglaba todo desde niño.

—Y bueno, ¿con que exactamente necesitas ayuda?

— ¡Con todo! La casa al parecer necesita arreglo en la parte eléctrica, hay ventanas rotas, tengo que sacar muebles y cosas viejas y arruinadas que ya no deben estar en la casa y ni hablar de una mano de pintura para

todo el lugar.

—Suenan como un arreglo grande.

—Lo es—dijo algo angustiada.

—Puedo ayudarte con mucho gusto con la parte eléctrica y sacando los muebles viejos. También conozco a un chico que tal vez pueda arreglar las ventanas y pintar la casa, aunque trabaja solo y me imagino que demorará.

—No importa, Pero si me gustaría que primero me hicieras una cotización, estoy algo corta de dinero.

—Pasaré más tarde por tu casa y hablaremos. ¿Te parece?

—Claro, muchas gracias. Me estás salvando la vida. —ambos se despidieron y ella regresó a sus cosas pensando que jamás se imaginó esa mañana encontrarse con su viejo amigo Andrew. Se sintió aliviada al no ver ningún tipo de juicio en su mirada, sin embargo dudaba de que fuera así con todos en la ciudad.

Capítulo 2

Esa tarde, madre e hija se dedicaron a arreglar un poco la enorme cocina, para no tener que comer en el pueblo. Ya en la tarde vieron a Andrew que llegaba en su camioneta y las dos se emocionaron al verlo porque eso significaba que podrían tener luz eléctrica al fin.

—Buenas tardes, señoritas.

—Buenas tardes, Andrew—lo saludó Amanda—que bueno que pudiste venir.

—No te dejaría en esta casona sola y sin luz eléctrica.

Jo se acercó a él—Señor Andrew, ¿puede poner luz en mi habitación?

Él miró a la niña divertido—es el primer sitio al que iré.

—Vamos—Jo, lo fue tomando de la mano sin vergüenza y lo llevo adentro de la casa casi corriendo mientras Andrew solo reía al ver su prisa y el rostro avergonzado de Amanda que solo decía “lo siento”.

Un rato después Andrew ya había revisado gran parte del cableado eléctrico de la casa y no tenía muy buenas noticias para Amanda. —Es bastante viejo y como durante un buen tiempo tu padre se desentendió de la casa, las ratas aprovecharon para hacer nidos en el sótano y se comieron algunos cables, otros están bastante roídos y bueno...casi hay que cambiar todo el cableado. Cuando al final le dijo el precio ella casi se desmaya.

—Oh Dios, eso es demasiado.

—Puedo hacer algunos arreglos pequeños mientras tienes el dinero para hacer lo más costoso, pero en cualquier momento podría fallar y me preocupa que sea en la noche o que sea un día en el que esté nevando y se queden sin calentador por no tener electricidad.

—Si pago esto, no podré hacerle arreglos a las ventanas, ni pintar la casa.

—No tienes que hacer todo de una vez, Mandy—tocó su hombro mostrándole su apoyo.

Ella casi entre lágrimas, sonrió al escuchar el cariñoso apelativo—hacía mucho tiempo que no me llamaban así.

—Yo nunca me olvido de que era así como todos los que te queríamos, te llamábamos. Incluso Becky también lo hace cuando habla de ti.

—Me imagino que Becky me odia.

—No lo hace, pero no te voy a decir que está feliz contigo. Te fuiste de aquí y jamás volviste a hablarle.

Amanda lo miró avergonzada—Lo sé y no sabes cuánto me arrepiento de eso. Fue un momento duro cuando aquello sucedió y yo simplemente no quise saber de nadie que me recordara este sitio.

—Debiste confiar en nosotros, Mandy. Becky y yo jamás te habríamos juzgado, solo te habríamos apoyado—ella no se perdió la nota de tristeza en su voz.

—Lo siento tanto, Andrew.

—Cuando le dije a Becky que me acompañara hoy, me dijo que tal vez tú no querías que ella pasara por aquí, que prefería esperar a que tú la invitaras.

—Por supuesto, yo la invitaría pero esta casa es un desastre, y quiero que ambos vengan a cenar aquí conmigo pero que vean una casa en mejores condiciones. Por favor, díselo.

—Lo haré—le respondió aun mirando hacia todos lados de la casa—te diré algo; yo jamás hago este tipo de cosas con nadie, pero si quieres te daré crédito para que puedas arreglar de una vez el cableado. Me vas pagando cuando puedas y así solo te enfocas en lo demás que seguro será

menos costoso.

— ¿Estás seguro?—ella lo miraba esperanzada.

—Seguro, yo sé que jamás tendré problemas contigo.

Ella no pudo contenerse y lo abrazó— ¡gracias!

Andrew sonrió y le devolvió el abrazo—No sé qué te trajo realmente aquí de nuevo, Mandy pero asegúrate de contar con tus amigos esta vez. Ella lo miró agradecida y conmovida por su gesto—lo haré.

Los días siguientes fueron algo inesperado para ella. Andrew llegó a la casa para arreglar lo del cableado y estaban tan felices con el hecho de que funcionara el horno, el calentador y las demás cosas, que su hija le dijo que deseaba hacerle su receta preferida de cupcakes a su nuevo amigo Andrew. Al final fue una muy buena idea porque al día siguiente tuvieron invitados y quedaron cupcakes para todos. Becky llegó con su esposo y traían una gran cantidad de comida casera deliciosa. Cuando ambas se vieron, no hubo reproches, solo afecto y un abrazo interminable que la hizo llorar. Hasta ese momento no se había dado percatado de cuanto necesitaba el afecto de sus verdaderos amigos. Llegaron con un chico Matt, que tendría alrededor de unos 20 años y que iba más que dispuesto a pintar la casa.

—Pero Andrew, sabes que ahora mismo no puedo con lo de pintar la casa—comentó ella.

—No te preocupes, Matt me debe un dinero y le dije que podía

pagármelo ayudándote con esto. Puedes empezar por el dormitorio de ambas y ya luego vas escogiendo los otros lugares de la propiedad.

— ¡Dios! Voy a quedar en deuda contigo de por vida. Es demasiado.

—Solo acepta la ayuda, Mandy—le dijo Becky. Amanda asintió apenada por tantos detalles y se dejó ayudar.

Los días eran largos y las noches muy cortas para el cansancio con el que se iba a dormir pero cada día se levantaba renovada y motivada al ver el cambio que poco a poco iba teniendo la casa. Becky llegaba a veces sola y algunas veces llegaba con Andrew. Se quedaban hasta tarde haciendo diferentes cosas y hablando de los viejos tiempos. Los fines de semana comían todos como una familia; Amanda, Jo, Andrew, Becky y su hermoso bebé, y también Matt hacía parte de la reunión. Amanda poco a poco se fue abriendo más y empezó a relajarse y a pensar que tampoco era tan malo haber vuelto. Jo comenzaba clases en unos días y estaba algo nerviosa pero ella sabía que le iría bien. Su hija era una niña inteligente y hacía amigos donde quiera que iba. Esa misma tarde había estado comprando algunas cosas para su primer día y estaba dedicada solo a eso, mientras Jo paseaba por los alrededores. Vio de repente una pequeña camioneta que se acercaba a la casa y salió a ver quién era pero se le fue el alma a los pies cuando vio a la chismosa del pueblo que salía del auto mirando todo como si fuera un basurero y mirándola a ella en una actitud triunfante.

—Así que era verdad. Amanda Hughes regresó a North Pines. Definitivamente si es cierto que el buen hijo vuelve a casa.

—Ailyn ¿Qué se te ofrece?

—Por Dios, mujer, Que saludo tan frío. No me digas que como eras

una gran diseñadora en Nueva York, los pobres ciudadanos de esta comunidad no somos lo suficientemente buenos para ti.

—Jamás he dicho eso, así que te agradezco que no pongas palabras en mi boca.

—Ay querida, no vamos a discutir por cosas tan tontas—la escudriñó con los ojos nuevamente—mejor hablemos de esa caída tan terrible que has tenido. Cuando vi en los periódicos que tu empresa estaba tan mal y que habías caído en banca rota, me dije Ailyn tienes que ir a verla y darle tu total apoyo—expresó con tal sentimiento que Amanda estuvo a punto de aplaudir al ver su actuación.

—Sí, es cierto. Mi empresa tuvo un revés económico y eso le pasa hasta a los multimillonarios—le respondió de manera tajante—. Ahora, ya que viniste a ayudar, te agradecería si sabes de alguna persona que necesite una buena fotografía, para lo que se ofrezca; si es fotografía infantil, o para fotografiar casas en ventas o terrenos, no me importaría el tema.

—No conozco a nadie.

—Es raro eso, porque tengo entendido que trabajas en el periódico local.

—Estás muy bien enterada—sonrió—pero cuéntame algo ¿ya no vas a seguir como diseñadora?—su pregunta tenía un tono de burla que no pudo ocultar—debe ser terrible ver como se desmorona nuestra vida ¿No es cierto?

—Pues no sé la tuya, pero la mía no se ha desmoronado. Simplemente estoy pasando un mal momento, y creo que todos los tenemos alguna vez —se dirigió a la puerta para darle a entender que ya era hora de que se

largara.

—Oh sí, me imagino que estás intentando recuperarte de tu mal momento y seguro que no ayuda ver esta casa que alguna vez fue tan hermosa convertida en puros escombros.

—Ailyn, si me disculpas...

La mujer se dio el gusto de ver a su antigua enemiga en medio de todo ese desorden y suciedad—. Muy bien, me iré. Pero debes saber que tu llegada al pueblo es algo que no pasará desapercibido, y como soy la encargada de la sección de sociales” tendré que decir que la hija predilecta de esta ciudad, ha llegado. Esta pequeña comunidad se alegrará al ver que su antigua residente, tan ilustre, ha vuelto—sonrió con malicia y salió de la casa.

Amanda no dijo nada más y solo entró a la casa cerrando de un fuerte golpe la puerta.

Nuevamente su vida pareció volver a la tranquilidad después de la horrible visita de Ailyn, así que entre la entrada a la escuela de su hija, sus tareas y lo que aún le faltaba por hacer en la casa, su tiempo se iba rápidamente, lo que ella agradecía para no tener que pensar. Las cosas no iban muy bien con su página de camisetas y de impresión bajo demanda, sin embargo no perdía la esperanza de ver que todo fluyera. Sus ahorros estaban casi todos invertidos en la casa, y mientras su amigos le decían que

aprovechara que estaba quedando muy bien para venderla en un precio mayor, ella tenía otra idea en mente; quería alquilar los cuartos a jóvenes viajeros que ahora mismo abundaban con esa nueva ola de nómadas digitales. Ya los chicos no eran como antes, miedosos de salir a recorrer el mundo, y que solo se enfocaban en terminar la escuela para seguir con la universidad, luego trabajar y casarse. Ahora la gente llevaba su trabajo consigo, en su computador, y no solo los jóvenes lo hacían, también los adultos, los maduros y los de todas las edades. Así que a ella se le ocurrió poner una especie de sitio de paso donde hubiera wifi gratuito y al menos un desayuno incluido. Comenzaría con una o dos habitaciones y luego cuando las cosas mejoraran, contrataría ayuda para limpieza y cocina y usaría las demás habitaciones. De esa manera todo se pagaría por sí solo y ella no tendría que vender la propiedad de su familia.

Esa mañana acababa de dejar a su hija en el autobús escolar, y se estaba preparando su segundo café, cuando sintió un auto llegar y estacionarse frente a la casa. Era un carro elegante de vidrios ahumados por lo que no podía ver de quien se trataba. Salió un momento para ver si era alguien que tal vez estaba perdido y se llevó la sorpresa de su vida al ver que tenía enfrente al antiguo amor de su vida; Joseph Powell.

—Buenos días, Amanda—fueron sus únicas palabras.

—“¿Buenos días, Amanda?” ¿De verdad iba a iniciar de esa manera una conversación entre ellos dos después de tantos años?—Amanda no daba crédito a lo que sucedía. Él se veía tan apuesto y tan cambiado. Era el mismo rostro que tanto amaba pero sus ojos eran muy fríos e indiferentes.

—Joseph...Dios, ha pasado tanto tiempo.

—Sí, es cierto, han sido muchos años.

— ¿Que...—tragó en seco—¿Que te trae por aquí?

—Bueno, veo que has hecho un trabajo grandioso con la propiedad—
le dijo mirando a su alrededor.

—Créeme no ha sido fácil y algunos amigos han colaborado, todo no
ha sido obra mía.

—Ya veo...—suspiró con pesar—lastimosamente todo ese trabajo ha
sido en vano.

Ella pensó que había escuchado mal—¿Cómo dices?

Él le entregó un sobre—creo que será mejor que leas esto.

Ella abrió el sobre con una sensación de temor. Sabía que allí no había
nada bueno y efectivamente tuvo razón. Cuando comenzó a leer se dio cuenta
de que era una nota de desalojo por parte del dueño que decía tener todos los
papeles en regla que demostraban que esa era su propiedad, y al final del
documento estaba la firma de dicho nuevo propietario; él.

Capítulo 3

Amanda estaba en shock. Esa casa era suya, siempre había sido de su familia. ¿Cómo rayos había ido a parar a manos de Joseph?

—Tú no eres el dueño, lo sé.

— ¿Por qué estás tan segura? ¿Es que acaso no tengo derecho a habitar en una casa cómo está? ¿Soy demasiado indigno?—la retó a que dijera algo con su actitud.

— ¡Por supuesto que no! Jamás se me ocurriría algo así, lo que sucede es que mi padre nunca pensaría en deshacerse de esta propiedad. Siempre dijo que pasaría de un Hughes a otro.

—Pues ahora no es así—sentenció—Esta es mi casa y me la gané legalmente en una apuesta con tu padre en un juego cuando estaba tan borracho y desesperado por dinero, que decidió perder lo único que le quedaba.

—Eres un desgraciado—le gritó— ¿Cómo pudiste aprovecharte de un alcohólico? Sabías que estaba mal y por eso lo hiciste.

—No sería la primera vez que alguien se aprovechara la debilidad de otro, ¿verdad? ¿O es que acaso no recuerdas que tu padre y tú, se

aprovecharon de que no era más que un pobre chico tratando de salir adelante, sin un padre que me defendiera, viviendo en una casucha y casi sin poder comer? Eso no los detuvo de ejercer su poder en el pueblo y arruinarme la vida.

—Yo jamás hice eso, fue mi padre, y lo lamenté toda la vida.

—Y que haré yo con tu arrepentimiento?? ¿Eso me devolverá a mi madre? Porque sabes muy bien que ella no soportó la idea de que yo fuera a la cárcel y eso fue acabando con su vida poco a poco.

Ella sintió pena por él. Sabía lo mucho que había querido a su madre y lo que se esforzaba por mantenerla bien entre sus posibilidades.— Yo supe lo de tu madre cuando ya no vivía con mi padre desde hacía mucho. Quise hablarle, pero tu madre me odiaba desde el primer día que supo que tú y yo teníamos algo.

—¿Y no te has preguntado la razón? Ojalá yo hubiera tenido la sensatez de ella, así tal vez jamás me habría fijado en ti.

Eso le dolió. Ella jamás renegó de su amor porque de allí venía lo más hermoso que tenía; su hija—Lamento que pienses así, y lamento todo lo que te pasó por culpa de mi padre.

—Sí, claro. Se nota que lo lamentaste. Me dejaste podrir en aquel lugar mientras tú salías adelante y vivías tu sueño de tener tu empresa.

—Estás tan lleno de rencor—negó con la cabeza—me das pena.

—¿De verdad?—se cruzó de brazos riendo de manera sarcástica—a mí en cambio, la que me da pena eres tú. Tendrás que irte de aquí en un par de días—se dio la vuelta para irse—oh, lo olvidaba—sé que no estás sola aquí, así que dile a tu amante, tu esposo o lo que sea, que te ayude a empacar, y lárquense de aquí.

— ¡No voy a hacer eso! He invertido todo lo que tengo en esta casa. Además no voy a creer lo que dices solo porque te apareces aquí con ese papel. Hablaré con mi abogado.

Joseph se echó a reír— ¿Y de dónde sacarás el dinero para pagarlo? Hasta donde sé estás en bancarrota. De todas formas te agradezco el gesto. La casa está mucho mejor que cuando la adquirí, de manera que la venderé muy bien —le dijo burlándose y salió de allí.

Amanda quería ir tras él y arrancarle los ojos, sentía tanto dolor, pero no podía dejar de sentir que lo amaba al mismo tiempo, y entre esa mezcla de sentimientos y la sorpresa de haberlo visto, cayó allí mismo en el piso, temblando y llorando por la rabia y la impresión. Recordó lo que sucedió siete años atrás cuando no lo ayudó por su cobardía. En ese entonces el poder de su padre abarcaba toda la ciudad, era él quien mandaba, era él quien generaba la mayor parte del empleo en esa zona. Su madre aún estaba viva y era la única que la comprendía y sabía del amor entre ella y Joseph. Pero cuando su padre se enteró de que estaba enamorada, no lo aceptó; le decía que ese muerto de hambre no sería jamás parte de su familia, que lo único que él quería era su dinero pero que jamás lo permitiría. Ambas familias, Los Hughes y los Powell, sostenían una vieja rencilla que venía de muchos años atrás. Pero el único hombre que quedaba con el apellido de esa familia, era Joseph y no era más que un muchacho que no tenía culpa de nada. Pasado un tiempo, se las ingenió para decir que Joseph le había robado y gracias a sus influencias, lo envió lejos a una cárcel donde lo sentenciaron por un simple robo a 20 años de condena, pero al parecer él se las había arreglado para salir mucho antes y muy en el fondo, daba gracias por ello. Joseph se llenó de rabia durante esos años donde la culpó al ella y a su padre por lo que había sucedido. Ella sabía que su padre si había tenido la culpa, pero Amanda peleó con él, dejó de hablarle durante mucho tiempo y se distanció hasta la muerte

de su madre de cáncer. Ella fue cobarde, sobre todo porque su padre al enterarse de que estaba embarazada, le dijo que si se le ocurría ayudar de alguna forma con su declaración, a Joseph, se encargaría de desaparecer al bebé y haría que ella jamás volviera a saber de la criatura. No pudo hacer nada y sin embargo no quiso que él estuviera solo allí, en esa cárcel sin tener al menos la alegría de saber que sería padre, pero nunca se imaginó que él prohibiría sus visitas después de ir muchas veces a contarle la buena noticia. Así las cosas ella se dedicó de lleno a su hija y a intentar hacer su vida con ella lejos de su padre que al final, unos años después debido a la muerte de su madre, se dedicó a la bebida.

Todavía estaba tirada en el piso cuando su hija llegó de la escuela. La niña se impresionó al verla allí, pero Amanda enseguida la tranquilizó diciéndole que no pasaba nada, que solo había encontrado unas fotos del abuelo y sintió nostalgia. Josephine pareció creerlo y subió a cambiarse de ropa después de comer algo rápido que le preparó su madre.

Joseph llegó a su casa molesto por su encuentro con Amanda. Pensó que no estaría tan altiva después de que le diera la noticia pero ella en lugar de suplicar, lo que hizo fue portarse más soberbia que nunca. También debía reconocer que la ira que sentía era por el hecho de verla, quiso tenerla de nuevo en sus brazos, besarla y hacerla suya.

—Maldita sea—golpeó la mesa molesto—necesito sacarla de mi cabeza. Ella solo es una mujer fría y calculadora, una cobarde a la que ni siquiera le importó lo que podría sucederme.

Esa traición de su corazón lo dejaba ver que a pesar de los años que habían pasado, y lo que ella le había hecho, no la olvidaba. Pero aunque su cuerpo la deseara, ella tenía que pagar. Él haría hasta lo imposible porque se

fuera de su propiedad y esa, sería su venganza o al menos una parte de ella.

Dos días después antes de las nueve de la mañana, ya estaba nuevamente molestando a Amanda. Tenía una llave de la casa y entró como si fuera su propiedad. Amanda acababa de despedir a su hija que había ido al colegio, y estaba en la casa revisando su correo y tomando un café cuando vio una figura alta que se aproximaba a ella y gritó dejando caer su taza.

— ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Te dije que tenías dos días para largarte y resulta que llego y te veo todavía aquí—miró alrededor—Y ni siquiera has recogido tus cosas.

— ¿A dónde crees que voy a irme? He puesto todo mi esfuerzo y mi dinero en esta casa. No tengo a donde irme y no me iré.

— ¿Y es que tu esposo no hace nada?

— ¡No tengo esposo pero eso no es de tu incumbencia!—le gritó molesta.

—No mientas, sé que vives con alguien aquí.

—Por supuesto que sí, no es un secreto, vivo con Jo y con nadie más.

—Bien, pues entonces dile a Jo que consiga una casa para ti porque está ya no es más tu casa. Tienes una semana—diciendo eso se alejó pero alcanzó a escuchar que ella le gritaba—maldito seas, no me iré.

“Eso lo veremos” se dijo él mentalmente.

Al día siguiente Amanda se fue a hablar con un abogado y le comentó el problema, pero este le dijo que no había nada que hacer.

— ¿Está seguro?

—Completamente—le dijo mirando los papeles que le había dado Joseph—los documentos son muy claros y la firma de su padre, también.

—Pero estaba borracho cuando lo hizo, aunque al parecer estaba bien cuando fue después a la notaria, porque el documento tiene los respectivos sellos—respondió el hombre.

Ella sintió su corazón dejar de latir ¿Qué haría ahora? ¿A dónde llevaría a su hija? No tenía nada en ese momento. Tal vez si vendía el auto le darían algo pero no sería suficiente. Tendría que irse de nuevo y esta vez sin rumbo seguro. Eso sin hablar del dinero que le debía a su amigo por los arreglos de la casa.

Joseph entró a la cafetería en la que alguna vez trabajó cuando era un muchacho soñador que deseaba ahorrar para poder estudiar y darle un futuro a la mujer de su vida. No tenía mucho de haber llegado a la ciudad así que no había visitado muchos sitios, pero ese, ese era un sitio al que no podía dejar de ir. Le traía demasiados recuerdos, buenos y malos, pero adoraba la tarta de limón que hacían allí. No tenía ni cinco minutos de haberse sentado cuando llegó hasta su mesa, la mujer más insoportable de la ciudad desde que era una muchachita. Él recordaba bien, lo venenosa que podía llegar a ser Ailyn Harris.

—Oh por Dios, me dijeron que estabas aquí y no lo podía creer. ¿Es que acaso a todos los que se fueron alguna vez de la ciudad han vuelto?

Él se levantó —Ailyn, que bueno verte—le obsequió una de sus sonrisas más falsas.

—Lo mismo digo, Joseph, han pasado años.

—Es verdad. Ya era hora de volver y ver como estaban todos.

—Te ves mejor que nunca. Siempre has sido un hombre muy apuesto —su mirada lo desnudaba mientras hablaba—Oh! A propósito de gente que vuelve a la ciudad ¿Has visto a Amanda Hughes?

—Supe que estaba aquí, pero no la he visto.

—No vas a creerlo, pero se ha quedado sin nada. Está en la calle, creo que lo único que tiene es esa casa vieja y ruinoso. Tengo entendido que perdió su empresa porque su socia hizo muy malos negocios—se acercó y le habló en voz muy baja como si fuera el secreto más grande del mundo —parece que estaba metida en drogas y le debía a gente muy peligrosa. Al final tocó vender la empresa pero él terminó robándole y ella tuvo que pagar a sus acreedores porque al parecer la amenazaron. Aunque si me preguntas, me parece un cuento muy rebuscado. Tal vez, era ella quien tenía esos malos negocios. Amanda siempre fue muy ambiciosa a pesar de tener a un padre rico—sonrió—aunque bueno, ahora ya no hay riqueza en aquella familia.

Joseph ni le prestó atención a las estupideces de aquella bruja, lo que si sintió fue ira al saber que Amanda había pasado por todo aquello sin tener a alguien a su lado que la respaldara, y el bueno para nada de su padre lo único que hacía era crear problemas en lugar de ser un apoyo para ella.

—Se vio obligada a volver y vivir en ese sitio horroroso con su hija.

— ¿Su...hija?—preguntó confundido.

—Sí, su hija de siete años, creo que se llama Jo.

— Querrá decir Joe. Y hasta donde tengo entendido, es su novio.

—Oh no—empezó a reír—ella ha venido sola. El único hombre que he visto por allí, es Andy Bell que va con su esposa y el jovencito que le hace los trabajos de la ferretería; Matt. Amanda únicamente vive con esa niña.

—Siempre tan bien informada—le dio una sonrisa sarcástica. Pensó en esa niña y tuvo un presentimiento. Tendría que hacerle una visita de nuevo a Amanda.

—Por Dios Joseph, no sé qué es lo que te está sucediendo con este lugar pero espero que reacciones. Ya llevamos demasiado tiempo aquí, debemos irnos a Los Ángeles—Myra Barnes se paseaba de un lado a otro por la habitación.

—Entiende que no puedo, Myra. Debo averiguar algo primero.

—Lo que quieres es volver a ver a esa mujer. No sé porque tiene ese interés tan inusual, a mí me parece una mujer común y silvestre.

—Te agradezco que no te metas en esto.

— ¿Porque no?

—Porque es algo personal, y no tengo que contártelo todo.

—Siempre lo hemos hecho, no veo por qué debería ser distinto ahora.

—No nos conocemos desde siempre, Myra. Solo desde hace unos años y así como tú tienes tus asuntos personales, yo también tengo los míos.

—Muy bien—le dijo dolida—haz lo que te dé la gana—se fue dando un portazo y diciéndose a sí misma que era una estúpida por estar esperando a que él algún día se interesara en ella lo suficiente como para tener una relación seria.

Ese mismo día Joseph fue a casa de Amanda pero no entró. Se quedó afuera y como si de un investigador privado se tratara, llevó unos binoculares. Se pasó una buena parte de la tarde mirando quien salía y entraba de la propiedad porque desde el día anterior, una sospecha corroía su alma. Era demasiada casualidad que ella tuviera una hija de 7 años cuando ese era el tiempo exacto que había pasado desde que ellos se habían separado. No creía posible que ella hubiera buscado enseguida a alguien porque un año después de que él estuviera en la cárcel, había ido a buscarlo y habían hablado muy poco tiempo, pero ella había alcanzado a decirle que todavía lo amaba, que en ese momento tenía más que nunca razones para esperarlo pero él le dijo que la odiaba, que no quería saber de ella y que nunca más volviera a visitarlo. Le dijo que él, la había olvidado pero ella insistió varias veces más diciendo que tenía algo importante que decirle, sin embargo, al final terminó por entender que era inútil. Ahora Joseph se preguntaba si lo que ella intentaba decirle era que esperaba un hijo suyo.

El ruido de un bus deteniéndose, lo sacó de sus pensamientos. Amanda salió de la casa, estaba sonriente mientras una niña se bajaba del bus y corría a sus brazos. Joseph ajustó más los binoculares y vio como ella la observaba

con absoluta adoración y comenzaban a charlar mientras caminaban a la casa. Apenas el vio a esa niña; su cabello del mismo tono rubio que él, los hoyuelos que se le hacían cuando se reían igual que los que se le hacían a él, ese presentimiento se volvió más fuerte y casi tenía la seguridad que si la veía frente a frente sabría que era su hija. Golpeó su frente contra el volante “Esto cambiaba todo”

Capítulo 4

Joseph se bajó del auto casi mareado con la información que ahora tenía. Tenía que confrontarla y aprovechar para ver a la niña de cerca. Tocó el timbre y enseguida la pequeña fue quien abrió.

—Buenas tardes—le dijo mirándolo con curiosidad. En el fondo escuchó la voz de Amanda—Jo, te he dicho muchas veces que no abras la puerta sin ver primero quien es—. Apenas notó la presencia de Joseph, se tensó.

—Pero yo vi, mami—respondió Jo, que seguía mirando al hombre que acababa de entrar.

Amanda sonrió indulgente a la niña—sí, cariño pero no es solo mirar sino conocer a la persona, si ves a alguien que no conoces, no debes abrir la puerta.

—Bueno, creo que eso ya no será un problema—dijo Joseph, y se agachó para quedar a la altura de la niña—mi nombre es Joseph Powell, es un gusto conocerla señorita...

—Josephine Hughes—le dio la mano.

Cuando él escuchó el nombre de la niña sintió un punzada en el corazón. Eran demasiadas coincidencias las que iba notando y cada vez reunía más evidencias de que esa niña podía ser suya. La miró solo un momento y vio el color de sus ojos: eran verdes como los de su madre, solo que más claros.

—Eres hermosa—dijo sin poder evitarlo. La emoción hacía que un nudo se formara en su garganta “Dios, es mi hija”

La niña se sonrojó y le dio una sonrisa enorme—Gracias.

Amanda se acercó a la pequeña—hija ¿Por qué no vas arriba y te cambias? Yo mientras tanto hablo con el señor Powell.

La niña asintió y salió corriendo hacia las escaleras, luego volteó a mirarlos—Adiós señor Powell. Joseph sintió pesar al verla irse—adiós princesa, nos vemos pronto—le dijo mientras Amanda tragaba en seco pensando en que lo que esa frase querría decir.

—Necesito hablar contigo sobre esa niña.

—Lo sé—miró hacia las escaleras—pero no aquí. Vayamos afuera.

Los dos caminaron unos minutos hasta que ella se cercioró de estar bastante alejada de la casa.

— ¿Cómo pudiste ocultarme algo tan grande como el hecho de que tengo una hija?—sus ojos botaban fuego prácticamente.

—Yo jamás te lo oculté, fuiste tú quien me echó de su vida y a pesar de eso te busqué muchas veces para decirte que estaba embarazada.

Él sabía que era cierto pero en medio de su rabia por haberse perdido todos esos años sin su hija no dejaba de pensar que si ella hubiera insistido más, las cosas habrían sido diferentes—de todas formas no me vas a negar

que fue muy conveniente para ti. Pudiste buscarme cuando salí de la cárcel. Al menos habría conocido a mi hija más pequeña. Estoy seguro de que le ha hecho falta un padre, aunque sé que eres muy buena para mentir por lo que me imagino que algo muy rebuscado le habrás dicho para explicarle mi ausencia en su vida—su voz derramaba veneno puro.

Amanda se cruzó de brazos buscando darse valor ante todas sus acusaciones y el miedo que sentía en ese momento.—Yo le hablé de ti, le dije que su padre no estaba con ella por el momento porque no podía que pero que muy pronto lo vería.

—¿Y así la has tenido siete años?

—¿Qué diablos quería que hiciera si me dijiste que no querías saber más de mí?

—Nunca más la vas a separar de su padre.

—¡Esa jamás fue mi intención!—le gritó saliéndose de sus casillas ante sus acusaciones injustas.

—En todo caso te advierto que de ahora en adelante mi hija no estará sola y quiero hacer parte de su vida cada día.

—Muy bien, no le veo nada de malo. Yo misma hablaré con ella y podrás venir a visitarla cuando quieras.

Él se echó a reír con un gesto de sarcasmo—no te equivoques, Amanda. Esta casa todavía es mía y no pienso hacerme el idiota porque ahora estés aquí con Jo. No vendré a hacerle visitas cortas a mi hija y a obtener migajas cuando todo este tiempo la has disfrutado tú.

Ella sintió que su corazón se aceleraba, tenía un mal presentimiento—entonces... ¿qué propones?

—Te casarás conmigo y viviremos todos juntos en la misma casa.

Amanda todavía no salía de su asombro al escucharlo decir eso.

—Debes estar volviéndote loco.

Él le dio una sonrisa burlona—Oh no querida, no estoy para nada loco. Lo estaría si no hiciera algo al respecto.

—Yo no he dicho que no puedas ver a tu hija.

—Por supuesto que no pero quiero verla todos los días a la hora que me plazca.

—Eso lo puedes hacer aquí, solo tienes que venir y...

—Ya basta, Amanda—la cortó—Más te vale que empieces a hacerte a la idea de que nos casemos o de lo contrario pelearé por Jo, y te aseguré que saldrás perdiendo.

Amanda se paralizó al escucharlo—tu no serías capaz—sus ojos entrecerrados tratando de ver si lo decía solo por asustarla o hablaba en serio.

—Créeme que soy muy capaz—sentenció—. Esperaré a tener noticias tuyas sobre el día que mejor te parezca, de esta semana.

— ¿Esta semana?—sintió que su cuerpo se llenaba de ira—ni pienses que vas a ordenarme y yo te seguiré sin chistar. Tu no haces esto por tu hija, lo haces por vengarte de mí, porque me odias—se limpió furiosamente las traicioneras lágrimas que caían por sus mejillas.

—Tal vez, tal vez no, creo que la única manera de averiguarlo será después de que nos casemos.

— ¡Eres un maldito! No te importa hacer infeliz a quien sea después de que tú salgas ganando.

—Tienes razón, esa es la persona en la que tú, y tu querido padre, me convirtieron. —Se alejó de ella y tomó camino hacia el auto—llamaré mañana para saber tu respuesta.

Una semana después Joseph se casaba en una pequeña capilla con Amanda. No habían invitado casi a nadie. Solo los más cercanos; Andrew con su esposa, un buen amigo de Joseph; Dolan Bishop y su socia Myra Barnes, a la que no le hizo gracia el matrimonio pero que aun así se había presentado. Hicieron una reunión bastante sencilla en la nueva casa de los recién casados y dos horas más tarde, todos se habían marchado.

Amanda aprovechó que por fin estaban solos para quitarse aquel vestido de novia que le picaba y la hacía sentir una farsante. No tuvo que disimular frente a sus amigos, su incomodidad porque ellos sabían bien que no estaba tan loca como para enamorarse y casarse todo en una semana y mucho menos con el hombre que fue víctima de las injusticias de su padre. Cuando estaba desabrochándose el vestido, sintió unas manos que bajaban el cierre.

—Siempre me gustó tu piel sedosa—tocó su espalda suavemente causando que se le erizara la piel. Sigues siendo la misma mujer hermosa que conocí hace siete años, incluso creo que estás más hermosa. Ella seguía callada, no quería hablar con él de nada.

—No te haré la vida imposible cariño. Jamás podría hacerlo aunque quisiera—besó su cuello causando un millón de sensaciones en su cuerpo. Pero Amanda sabía que todo era parte de su plan para humillarla.

—Sé que ambos podemos causar chispas cuando nos juntamos—seguía insistiendo. Esta vez acariciando su cabello y pasando lentamente sus manos de un lugar a otro, como si a través de su tacto quisiera nuevamente conocerla. Amanda sabía que no podía caer, no le daría el gusto de humillarla aún más.

—Por favor, Joseph...

— ¿Qué pasa? ¿No quieres que estemos juntos en nuestra noche de bodas?—su rostro no mostraba nada, y fue difícil para ella saber lo que en realidad pensaba.

—Lo haces sonar como si fuera cierto, como si de verdad estuviéramos viviendo una historia de amor cuando sabes que todo esto es porque me obligaste.

Él enseguida dejó de tocarla y le dio la vuelta bruscamente—no te puse un arma en la cabeza, Amanda.

—Casi lo hiciste cuando me amenazaste con quitarme a mi hija.

— ¡Maldita sea! ¿Es que no podemos empezar este matrimonio sin tanto drama? Ya te dije que mi intención no es vengarme de ti.

—No te creo.

—Muy bien, me iré. Ya veo que no estás en la mejor disposición.

Cuando él se fue, ella enseguida se terminó de cambiar y buscó el dormitorio de su hija que estaba a pocos metros del de ella. Al entrar, la vio en la cama mirando al techo. Cuando la niña la vio sonrió—mami, te estaba esperando. No quería dormirme sin darte un beso.

—Yo también quería venir a darte las buenas noches, cariño.

—Mami, ¿Ahora debo decirle al señor Powell, papá?

—Sí tú quieres, podrás hacerlo, mi amor pero solo cuando a te nazca
—.Ninguno de los dos le había dicho a la niña la verdad. Pensaban que lo mejor era ir poco a poco y que primero ella se conociera mejor con su padre.

—Creo que esperaré un poco.

—Está bien, cariño, no hay prisa—le dio un beso en la frente—te amo, mi princesa—la niña envolvió sus brazos alrededor de su cuello—yo también mami, te quiero mucho. Amanda la arropó bien y apagó la pequeña lámpara de noche—duerme bien, mi cielo.

Cuando salía de la habitación se encontró con Joseph— ¿Ya se durmió?

—Sí, está a punto de quedarse dormida ¿Por qué? ¿Le darás las buenas noches?

—Ya lo he hecho hace un rato.

Eso tomó por sorpresa a Amanda— ¿oh si?

—Por supuesto ¿Qué esperabas? Es mi hija.

Ella rodó los ojos—no tengo intención de quedarme aquí argumentando contigo, porque sé que lo buscas en una nueva discusión—buenas noches—se alejó y lo dejó en medio del pasillo molesto por su reacción.

Capítulo 5

Los meses transcurrieron dando paso al otoño y ahora se podían ver claramente la cantidad de árboles en todas direcciones completamente rojos y naranja, el viento frío que anticipaba el invierno y las puestas de sol más asombrosas. Era una época hermosa, para ella tal vez era la mejor estación y le recordaba buenas épocas de su niñez cuando con su padre y su madre recogían calabazas en la finca de los Benton, una familia de granjeros que cultivaba calabazas y vendía en el pueblo todos los productos derivados de esta; desde crema, dulce y pie de calabaza, hasta las famosas semillas asadas que eran una delicia. Escogían las más grandes que vieran y luego las llevaban a casa para hacerles rostros cómicos y usarlas para el Halloween. Con su hija tenía la misma costumbre y esa tarde irían a escoger unas cuantas calabazas por lo que Jo estaba emocionada. Ella había cambiado mucho en esos meses, ahora montaba a caballo como toda una amazona, pues su padre le había enseñado y salían a todas partes juntos cuando él no estaba de viaje en Nueva York, trabajando. Se llevaban muy bien aunque él todavía seguía sin decirle nada porque quería tomarse su tiempo para que su hija lo conociera y se sintiera cómoda con él. Amanda disfrutaba verlo con ella y notar la ternura y el cuidado con los que la trataba. En cuanto a ellos, las cosas iban de mal en peor, casi nunca podían estar juntos en la misma

habitación sin discutir. Sin embargo no podía quejarse de lo demás porque en cuanto a comodidades, siempre le daba todo, tanto a ella como a la niña. Estaba pendiente de que no les faltara nada, y en la casa tenían varios empleados que estaban a su servicio y al de la niña, le había contratado un profesor de piano porque ella le dijo que quería aprender a tocarlo y solo hacía falta que Jo, abriera la boca para que él estuviera allí para ella. Pero cuando se trataba ella, la cosa era muy distinta y Amanda no sabía qué hacer para olvidar que vivía en una jaula de oro con un hombre que la odiaba.

—¡Estoy lista, mami!—le dijo su hija mientras bajaba corriendo las escaleras.

—No corras cariño, puedes hacerte daño si lo haces en las escaleras—la tomó de la mano ¿lista para ir de compras?

— ¡Listísima! Serán las mejores calabazas del mundo y verás que caras voy a hacerles.

Ella sonrió al ver el entusiasmo de Jo.

—Papá dice que vendrá pronto.

Ella le llamaba Papá, porque quiso hacerlo días después de que ella se casara con Joseph, sin embargo no tenía idea de que en realidad él sí era su padre...— ¿Cuándo hablaste con él?

—Me llamó hoy por teléfono, y me dijo que intentaría estar aquí esta noche. Me dijo que tenía muchas ganas de vernos.

Por supuesto que sí—le dijo a la pequeña y por dentro pensó que él jamás habría dicho algo así. Podía ver en su mirada lo poco que le agradaba verla en casa cuando él llegaba, y por eso ella siempre se aseguraba de irse enseguida a su habitación para no tener que ver sus gestos odiosos hacia ella. Llevaban meses de no entablar una conversación normal, siempre que él llegaba ella se

iba, o viceversa.

—Muy bien, iremos a comprar las calabazas pero primero quiero que vayamos a otra parte.

— ¿A dónde?

—Vamos a casa de los abuelos.

— ¡Sí!—dijo entusiasmada, hace tiempo que no vamos, quiero ver cómo están mis flores, las que planté en el jardín antes de venir a vivir aquí.

Ambas subieron al auto y Amanda encendió el motor.

—Jo, no creo que estén muy bien, hace mucho tiempo que no vamos a verlas y sabes que las plantas necesitan cuidado.

—Espero que todavía estén vivas.

—Ya te lo dije, no tengas muchas esperanzas al respecto, cariño.

Quince minutos más tarde, vio el letrero que indicaba la entrada a la casa. Cuando llegaron había unos hombres allí trabajando.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, un hombre alto y delgado la miró extrañado—me dijeron que vendrían a ver mañana el trabajo terminado. ¿Es usted la socia del señor Powell?

—No, soy la esposa. Solo quería ver la propiedad pero no imaginé que estuvieran trabajando en ella—dijo con cierto desasosiego porque el hecho de que hubieran trabajadores allí, solo podía significar una cosa; Joseph quería venderla cuanto antes. ¿Cómo podía ser tan cruel? Todo este tiempo le dio vueltas al asunto cuando ella preguntaba por la casa y ahora veía porque.

—Mami, mira—la niña señaló hacia el jardín que ahora estaba precioso y

tenía una pequeña huerta. Ella se sorprendió al ver lo hermoso que se veía todo, y también vio como las flores que había plantado su hija estaba perfectas y creciendo.

— ¿Crees que debemos ponerles agua?

—Tal vez un poco. Ve a conseguir un poco de agua mientras yo hablo con estos señores y averiguo que hacen aquí ¿te parece?

—Está bien—la niña se alejó mientras ella decidida, iba a buscar al jefe de la obra para averiguar qué era lo que sucedía.

Se había quedado más tiempo del que pensaba tratando de averiguar qué era lo que pretendía hacer Joseph con la casa, pero al final no pudo saber nada. Cuando fue por las calabazas, ya era un poco tarde y después de comprarlas vieron que eran casi las siete de la noche. No le vio nada malo hasta que el auto se apagó de repente y ella vio con horror que estaba totalmente muerto. Intento encenderlo varias veces sin éxito, hasta que un alma caritativa pasó y al ver el auto allí, se acercó a ellas y las ayudó con el problema. Para ese entonces eran las nueve y media de la noche y para rematar, el celular se había quedado sin batería, así que tenía que esperar a llegar a casa donde seguramente estarían preocupados.

—Mami... ¿Ya llegamos?—preguntó su hija que iba adormilada en el puesto de atrás.

—Ya casi, hija. Siguió conduciendo hasta ver que un auto se cruzó con ella y notó que era parecido al de Joseph, de repente se detuvo y se dio la vuelta. Ella también se detuvo y esperó hasta que lo vio al lado de su auto.

— ¿Qué diablos estabas pensando para demorarte hasta esta hora en la calle y sin siquiera contestar las llamadas?—fue lo primero que dijo apenas la vio.

—¡Oye! A mí no me hables así. No estaba haciendo nada malo, solo fui a comprar unas calabazas para mi hija.

—Que también es mi hija, y no recuerdo haber hablado contigo en ningún momento sobre esa salida.

—No tengo que pedirte permiso para salir con mi hija—le respondió más fuerte de lo que quería y terminó despertando a la niña.—Lo mejor es que nos vayamos a casa y hablemos allí—le dijo echando dardos por los ojos. Estaba harta de que pensara que ella y su hija eran dos propiedades más de su lista.

Al llegar a casa Joseph tomó a la niña en brazos y la subió a su habitación mientras ella lo seguía. Lo vio colocarla en la cama y arroparla con tanto cariño, que sintió que se le encogía el corazón. Él amaba a su hija, de eso no había duda y ella lo veía en adoración todo el tiempo. Después de que ella cayó rendida y por más que luchó no hubo poder humano que hiciera que se pusiera el pijama, Joseph le dio un beso y salió de la habitación. Afuera, Amanda lo esperaba.

—Creo que deberíamos hablar en el estudio— pasó por delante de ella esperando que lo siguiera. Ella lo hizo de mala gana.

—No pensé que el celular se quedaría sin batería y que lo mismo le pasaría al auto—le dijo mientras entraban al sitio desde el cual Joseph hacía todos sus negocios en casa.

—Escucha Amanda, no quiero culparte por lo que pasó porque a cualquiera se le puede averiar el auto pero lo que me molesta es que te hayas llevado a la niña, sin decir nada.

—Escúchame tú, Joseph. Me casé contigo bajo amenazas, todo se hizo bajo tus condiciones, pero en lo que se refiere a mi hija, no te voy a permitir que quieras imponerme reglas. Es tan hija mía como tuya, y si yo quiero salir con ella estoy en mi absoluto derecho. No me voy de la ciudad y mucho menos del país, sencillamente quiero pasar tiempo con ella. Josephine y yo, tenemos una tradición con respecto a las calabazas. Era algo que no quería dejar de hacer porque siempre la hemos pasado bien en esta época. No tenía idea de que no podía salir con mi hija.

— ¿Es tan malo pedirte que avises?

—Solo quería estar sola con ella—de repente se sintió agotada de intentar explicarle algo que él jamás entendería porque todo debía hacerse de la manera en la que él pensaba o sencillamente no estaba bien.

Joseph pareció percibirlo— ¿Te sientes mal?

—No—se dirigió a la puerta, no tenía caso seguir hablando con él y esa casa cada vez le parecía más una cárcel que otra cosa.

— ¡Espera!—la llamó rápidamente—quisiera hablar contigo un rato más.

—Realmente no tengo ganas de discutir.

Él respiró profundo, debía calmarse—No lo haremos, Amanda. Yo más que nadie estoy interesado de que llevemos las cosas bien, pero siempre estamos discutiendo. No sé cómo hablarte, como decirte las cosas...

—Con respeto. No soy tu empleada, soy la madre de tu hija.

—Y mi esposa...

—Sí, es cierto pero siento que me ves más como una enemiga que como tu esposa—suspiró cansada—por esa razón no quería que nos casáramos, sabía que las cosas serían así y no había necesidad.

— ¿Tú crees que yo solo quería casarme contigo por mi hija?

Ella lo miró confundida— ¿Por qué más podría ser?

Joseph la tomó de las manos—Intenté verte como mi enemiga, de verdad te odiaba por no haber sido capaz de hablar a mi favor en ese juicio, te odiaba por ser tan débil, pero por más que lo intento, no puedo sacarte de mi corazón, ni de mi mente—sus ojos la observaban de forma tan intensa que ella tuvo que desviar la mirada.

—Joseph, no tienes idea de cómo sucedieron las cosas. Solo has visto lo que has querido ver.

—Entonces háblame y cuéntame cómo sucedió todo.

Ella se sentía abrumada por aquel cambio de actitud. Ahora sus palabras eran diferentes y su tono de un momento a otro, era suave y no impositivo como la mayor parte del tiempo.

—Yo...no sé por dónde empezar.

Él se acercó más a ella hasta quedar muy cerca de su rostro y sorprendentemente tomó sus labios, no de una manera invasiva, ni demandante, sino con mucha delicadeza. Amanda se sentía demasiado vulnerable ante él, no quería que se diera cuenta de lo mucho que todavía sentía por él, Joseph no debía darse cuenta de que su amor seguía intacto porque podría aprovecharse de aquello para hacer su venganza. Joseph entreabrió ligeramente los labios con los suyos, su lengua la acarició suavemente convenciéndola, tentándola hasta que Amanda uso la suya para devolver sus caricias. Ahora los dos estaban presos en un deseo que los quemaba y que al

final ya no les importó mostrar. Joseph deslizaba las manos de forma posesiva por su cuerpo, haciendo que ella se arqueara contra él. Amanda no podía contar cuantas veces pensó en un momento como ese; soñaba con verlo frente a ella diciéndole que la amaba, que ni las tretas de su padre ni todo el tiempo que pasó en aquel lugar, habían minado su amor. Sintió entonces que acariciaba sus senos a través de su blusa y sus pezones ya iban endureciéndose, así que antes de que su cuerpo la delatara, se apartó súbitamente.

—Esto no está bien...estás haciendo todo esto por física maldad. Te diviertes conmigo—un rubor se asomaba claramente por su rostro.

Joseph no pudo evitar sentir cierta satisfacción—No lo hago por hacerte sentir mal, lo hago porque quiero que te des cuenta de que aunque ambos estemos dispuestos a no tener nada que ver el uno con el otro, nuestros cuerpos piensan de una manera diferente—tocó su mejilla—¿Sentiste eso? Pues bien, eso es lo que siempre habrá entre nosotros.

—Joseph por favor, esto es una locura.

—No lo es, Amanda. Siempre tuvimos chispas entre nosotros, tu toque me encendía como ninguna otra mujer y todavía lo hace. ¿Has podido olvidar como era cuando estábamos juntos?

Ella se alejó—es mejor que me vaya.

Él la detuvo un momento— ¿Qué te parece si salimos mañana con Jo?

— ¿A... donde?—todavía estaba confundida con lo que acababa de pasar y no pensaba bien.

—No lo sé, podemos cabalgar y luego comer por ahí, en alguna cafetería de la ciudad o si quieres podemos hacer un picnic en el campo.

—Tal vez podamos ir a la feria que hay en el centro.

— ¡Oh sí!, la feria de calabazas, estará interesante este año, según me han dicho.

Ella sonrió—a Jo le encantará la idea—lo observó un momento más— buenas noches—dijo algo nerviosa.

—Buenas noches, Amanda—sonrió como hacía mucho tiempo no lo hacía, o por lo menos, no con ella, y Amanda sintió que sus piernas se aflojaban. Joseph era un hombre muy apuesto y el problema de eso, era que antes de ese beso había podido olvidarlo por la rabia que le tenía, pero después de esa noche presentía que las cosas iban a complicarse para ella.

Capítulo 6

Joseph se quedó solo en el estudio y fue al mini bar, abrió la nevera y sacó una cerveza. Luego se sentó en el sillón y bebió un gran sorbo. Ella quería saber porque diablos él había cambiado de actitud; lo podía ver en sus ojos. Y en realidad todo se había debido a que él estuvo hablando varias horas con Andy Bell, un viejo amigo de Amanda, que casualmente se había encontrado cuando hizo una parada en la cafetería frente a su negocio antes de llegar a casa. Se habían sentado después de que Andy le dijera que necesitaba dos segundos de su tiempo y le había dicho que no se le ocurriera tratar mal a Amanda. Empezó a decirle que no tenía idea de quien era realmente ella y de todo lo que había hecho por amor a esa niña cuando a él lo habían llevado a la cárcel. Eso picó su curiosidad y quiso saber más al respecto. Todo se imaginó, menos que Andy fuera contarle una cantidad de cosas que lo dejaron estupefacto, como el hecho de que el padre de Amanda le había amenazado con quitarle a la niña sino se callaba la boca y dejaba de buscar maneras de ayudar a Joseph. Le contó que ella se había tenido que valer por sí misma cuando salió de la ciudad porque su padre le dijo que se iba de allí, jamás le daría un solo peso pero era tanta la rabia que sentía hacia su padre por lo que le había obligado a hacer, que no quería verlo a la cara y

por eso apenas la niña estuvo más grande, se fue lo más lejos que pudo donde le tocó hacer mil cosas para mantenerse y mantener a su hija. Joseph vio entonces que era por eso que ella después de dos años no siguió insistiendo en sus visitas a la cárcel. Aunque sabía que en parte también era su culpa por haberle dicho que ya no la quería y que lo mejor era que no volviera. Esas cosas cambiaron su percepción de ella y la vio con otros ojos. Pero cuando llegó a casa y vio que no estaban y que cada vez se hacía más tarde, se imaginó lo peor. Incluso se le pasó por la cabeza la idea de que ella se hubiera escapado con la niña. No podría culparla después de haberla tratado con tanta indiferencia durante aquellos meses después de haberse casado. Todavía sentía un mal sabor de boca cuando recordaba lo que pasó años atrás pero esta información hacía más llevadero todo. Se preguntaba si sería posible vivir como una pareja normal sin pensar todo el tiempo en el pasado. ¿Sería capaz él, de perdonar ese pasado y olvidar todo el odio que sentía cada vez que recordaba los años que pasó en aquel maldito sitio siendo inocente?

La tarde siguiente fueron a la feria después de pasar la mañana cabalgando por los alrededores de la inmensa propiedad. El clima era perfecto y se divirtieron como nunca haciendo carreras con Jo. Ella miraba a Joseph y le parecía estar viendo a un extraño; tenía con otro semblante y ese cambio parecía haber pasado de un momento a otro, cosa que aún no entendía.

— ¿Que sucede?—preguntó él al verla observándolo tan fijamente.

—Es solo que pareces tan distinto...

—Creo que debemos hablar y aclarar algunas cosas.

—Solo si me dices que no es para discutir, estoy harta de hacerlo.

Joseph empezó a reír—No lo haremos, lo prometo—entonces cargó a Jo que venía corriendo y se tiró en sus brazos—Dios mío, cuanto pesas—le dijo a la niña que reía a carcajadas porque le estaba haciendo cosquillas.—¿Qué te parece si vamos a la feria que hay en el centro, la de calabazas?

—¡Oh sí! Quiero comer tarta de calabaza y ganarme un peluche en uno de los concursos.

—Muy bien, entonces vamos—tomó a la niña de la mano y Jo, a su vez, tomó la mano de su madre.

—¿Saben una cosa? Me gustaría tener un hermanito—Amanda y Joseph se miraron un momento y no dijeron nada más.

Después de una divertida tarde con su hija, Joseph y Amanda llegaron a casa donde una muy cansada Jo, iba en brazos de su padre, lista para ir a darse un baño e ir a dormir. Luego de una hora, Amanda apareció en el estudio donde Joseph le había dicho que la esperaba para hablar.

—Por fin se durmió.

—Yo creí que iba a caer enseguida en la cama.

—Después del baño quedó bastante despierta y con ganas de hablar de todo lo que hicimos en el día—rodó los ojos.

—Estaba feliz ¿verdad?

—Mucho—sonrió—te agradezco lo que hiciste hoy por ella.

—No fue solo por ella, fue por nosotros. Quería pasar un rato con mi familia—le dijo sin darse cuenta de lo suave de su tono.

—Crees que alguna vez podamos ser como una familia normal. ¿Tu podrías olvidar?—le preguntó temerosa de su respuesta.

—Yo...podría intentarlo.

—Eso me basta—su rostro se había iluminado y se veía más hermosa, si eso era posible.

—Quiero que me respondas algo con sinceridad—se acercó a ella— ¿Tu padre te amenazó con alejar a la niña de ti, sino lo ayudabas?

Amanda suspiró triste—pensé que acabas de decir que podrías olvidar.

—Y puedo, pero eso es algo que necesito saber para poder hacerlo, Amanda. No sabes las veces que he deseado que todo esto fuera mentira, las veces que mi mente te acusaba pero mi corazón me decía que tú no me mentías cuando decías que me amabas. Yo todavía tengo la esperanza de que el que no hayas hecho nada para ayudarme, fuera porque te viste obligada y no porque fuiste cobarde, o peor aún, porque no me amabas como yo pensaba.

—Era mi padre, Joseph ¿Cómo quieres que hable mal de él?—sus ojos estaban húmedos.

—No tienes que hacerlo. Con eso que acabas de decirme me has confirmado que fue lo que realmente sucedió—la tomó en sus brazos y ella se echó a llorar— ¿Por qué tenía que pasar todo esto?

—No lo sé, Mandy. Pero no quiero quedarme con este veneno dentro de mí. Tu padre ya no está y ahora estamos casados, tenemos una hija. Podemos ser felices si es lo que realmente queremos—tomó su barbilla y besó sus

labios. Ella como siempre sintió que todo su cuerpo vibraba ante aquel beso. Joseph colocó sus manos en sus caderas y se disponía a hacer más cuando ella se detuvo.

—Joseph, no...tú me odias...—su voz era casi un susurro.

—Yo jamás te he odiado, cariño. Jamás podría odiarte, tú estás metida en mi alma—le dijo mientras sus manos la recorrían toda.

Amanda lo empujó suavemente—es mejor que nos vayamos a dormir.

Joseph se sintió decepcionado pero entendió que eran demasiadas cosas a la vez. Y pensó que lo mejor era que ambos tuvieran tiempo para procesar todos esos sentimientos que acaban de salir a flote.

Los días que siguieron fueron como una luna de miel para ambos. Joseph dejó de ir a Nueva York tantas veces, y comenzó a quedarse más tiempo en casa disfrutando con Amanda y con Jo. Salían a todo lado, llevaban a Jo de compras y en las mañanas era él quien la llevaba al colegio. Habían tomado una especie de rutina; a ella le gustaba levantarse temprano, preparar café aunque la cocinera le dijera que ella podía hacerlo, y luego se iba a mirar sus correos y su página donde vendía algunos de sus diseños. Después de eso desayunaba con ambos y su hija se iba al colegio con Joseph mientras ella se bañaba y se alistaba para dibujar los diseños de sus blusas y si el tiempo lo permitía salía a buscar buenas fotos para subirla a una página donde se las pagaban bien. Su amiga Becky solía preguntarle si dejaría todo así, si no volvería a trabajar por tener una nueva compañía como la anterior, pero ella había quedado un poco cansada de toda la vida en Nueva York y quería algo más calmado. A veces uno no sabía porque sucedían las cosas en el momento, aunque después veía que era lo mejor. Y una empresa y una vida

ajetreada en Nueva York, no era lo de ella. Además con el éxito de las compañías que vendían por internet, su trabajo podía ser simplificado a tal punto, que tendría calidad de vida para su hija y para ella.

Comenzó a salir más a tomar fotos y muchas de esas veces Joseph salía con ella siendo un acompañante silencioso, algo que a ella le agradaba porque le permitía tomar buenas fotos, pensar un poco, y al tiempo sentirse acompañada. Algunas otras veces, hablaban de diferentes temas y era como si estuvieran aprendiendo a conocerse de nuevo, el uno al otro. Esa tarde ella había salido a tomar unas fotos aunque hacía muchísimo frío el invierno ya estaba allí y de hecho tuvieron la primera nevada hacía una semana. Tomaba fotos a un pequeño estanque que ahora se veía medio congelado, sin embargo todavía corría agua por algunos lugares de este y era una imagen preciosa, llena de tranquilidad con los árboles a su alrededor y el pequeño puente de madera sobre él. Se asustó al sentir unos brazos que la encerraban y trató de soltarse molesta.

—Tranquila...—le dijo al oído—soy yo.

—Diablos, Joseph. No hagas eso nunca más, me has dado un susto de muerte.

Él se reía— ¿Quién más podría estar aquí, en esta propiedad?

—Eso es lo que no sabes. Aquí no hay un guardia en cada esquina, en el bosque podría haber cualquier persona.

—Pondré más vigilancia a partir de mañana—le dijo ahora con un gesto serio—no había pensado en eso pero es mejor prevenir.

—“Tonta”— se reprendió a sí misma. Tenía que haber mantenido la boca cerrada. Como si no fuera suficiente la vigilancia que tenía en la casa y que la mantenían aburrída, porque todo el tiempo estaban mirando

—. Tampoco creo que haya que exagerar. Es solo cuestión de ser precavido.

Las cejas de él se levantaron— ¿Cómo tú, ahora? Estamos en invierno, Amanda, y esto es un bosque, lo mejor es no salir sola. Puedes decirme, y con mucho gusto te acompaño.

—Lo que tú no entiendes es que la mejor parte de fotografiar es hacerlo sola o en silencio.

—Yo puedo estar en silencio, ni sabrás que estoy aquí.

—Ajá—le dijo no muy convencida. Siguió tomando fotos y de repente un celular sonó, o mejor dicho, vibró. Él enseguida lo sacó de su bolsillo y se alejó un poco para contestar la llamada sin molestarla. Al poco tiempo volvió con ella.

— ¿Has traído un celular?—le preguntó sin poder creer que quisiera acompañarla a tomar fotos con su bendito aparato. Joseph era un adicto al trabajo y eso no era bueno. Incluso cuando quería darse unas vacaciones no dejaba de estar pendiente de su computador o su celular.

—Es por si algo se ofrece. Los negocios no pueden solo dejarse a un lado.

—Sí, lo sé.

—A propósito de eso, quería preguntarte como te va con el tuyo. Sé que tienes un negocio online donde vendes tus diseños.

—Bueno, por ahora son solo blusas que diseño y envío los bocetos a un taller satélite donde los hacen.

— ¿Y qué tal va eso?

—Algo lento pero me imagino que será porque es el comienzo. Llevó

menos de un año con esa tienda.

—Me parece genial que no te hayas dado por vencida.

—No tengo porque hacerlo. Sé que mis diseños no son malos y mi único error fue confiar en mi socia que no estaba muy bien relacionada.

—Siento mucho que hayas tenido que pagar por el error de alguien más.

—Fue duro y no voy a negar que al principio quería morirme por haber perdido todo por lo que luché pero mi vida siempre ha sido así, ya estoy acostumbrada a perder cosas importantes. La vida siempre me ha enseñado que es mejor estar preparada cuando todo se ve perfecto, porque por algún lado salta la liebre.

—No me gusta que pienses de esa forma—tomó su mano— Eres muy especial, Mandy. Mereces la felicidad, mereces lo mejor y debes creer que es así.

—Tal vez...

Joseph no se perdió lo poco convencida que se veía y le entristeció ver que ella creyera que no podía ser feliz o tener cosas buenas porque en algún momento las perdería. Eso le dijo más sobre lo que había sido su vida desde que se habían separado, que lo que hubiera podido contarle cualquier otra persona.

—A propósito de negocios. ¿Vas a vender la casa de mi familia?—le preguntó directamente.

— ¿Porque piensas eso?

—Bueno, sé que la idea es acabar con todo lo que ha sido de mi familia y además pasé por la casa el día que se averió el auto pude ver que tienes

trabajadores allí.

—Bueno, esa es una forma terrible de acabar con una bonita tarde. Lastimosamente creo que no podré decirte de que se trata todo esto hasta que esté terminada la obra.

—Solo me gustaría saber si la venderás—se notaba su tristeza al preguntarlo y él estuvo a punto de decirle algo, pero prefirió guardárselo un poco más.

—Tendrás que esperar un poco, cariño. Pero no es una mala noticia, solo te diré eso.

Ella se conformó con eso, porque una mala noticia sería que la vendiera y sino era eso, se conformaba con lo que fuera.

Capítulo 7

Era Domingo y todo el día habían estado jugando a los trineos y después fueron a comprar el árbol de navidad que ahora estaba en la sala esperando a ser decorado al día siguiente, ya había anochecido y ahora veían una película los tres, acostados en la cama de Joseph, que fue quien tuvo la idea. Cuando la película terminó ella fue a llevar a la niña a su habitación

—Mami ¿tú quieres a papá o todavía lo ves como un amigo como cuando te acababas de casar con él?

—Cariño, él y yo nos conocemos hace tanto tiempo...

— ¿Pero lo quieres?

—Lo quiero sí, pero hay muchos tipos de amor.

— ¿Y el tipo de amor que le tienes es igual al que tienen los papás y las mamás cuando encargan un bebé?

Ella se quedó de una pieza ante esa pregunta. —Bueno...tal vez un poco, pero...

— ¡Qué bien mami!!—dijo emocionada. Yo he estado pensando que

quiero un hermanito.

—Oh cariño, no vayamos por ahí.

— Pero ¿por qué?—la miró confundida.

—Es que todavía no quiero tanto a tu papá como para eso.

— ¿Y crees que en algún momento lo hagas?

Amanda miró a su hija y le acarició el cabello con ternura—Ay hija, quisiera que tuvieras más edad para que entendieras algunas cosas.

—No te preocupes mamá, no tiene que ser ahora. Si no quieres darme un hermanito en este momento, puedes hacerlo en un año o dos.

Ella solo besó su frente y la arropó bien—te quiero hijita, duerme bien.

Después de salir de la habitación de su hija se fue a la suya con el corazón latiéndole a toda prisa. Esa niña era demasiado intuitiva y ahora ella no sabía qué hacer.

Poco después de estar pensando y dando vueltas en la habitación, escuchó que tocaban la puerta. Al abrirla se encontró con que Joseph llevaba una botella de vino y dos copas— ¿Ya tienes sueño? ¿O podemos tomar un poco de este vino que llevo tiempo guardando para una ocasión especial?

— ¿Y cuál sería la ocasión especial?—ella le dio una mirada burlona.

— ¿Qué estamos vivos?—la miró como si no se le ocurriera nada más.

Amanda se echó a reír—ya veo que esta celebración será por cualquier cosa.

— ¿Te parece que estar vivos es cualquier cosa?—entró a la habitación y dejó la botella en la mesita auxiliar de la habitación. —A mí me parece el

milagro más grande del mundo que estemos vivos—acercó su boca al cuello de ella—yo estoy profundamente agradecido que de estés viva...—ella sintió pequeños corrientazos en todo su cuerpo apenas la boca de él tocó su piel.

—Joseph, sabes que no debemos—sus ojos decían que lo deseaba pero él sabía que tenía miedo.

—Mandy ya no quiero esperar más para tenerte en mis brazos. ¿Es que acaso no te he demostrado que las cosas pueden cambiar entre nosotros?

— ¿De verdad crees que porque hemos pasado unos cuantos días sin discutir, ya todo está dicho?—lo miró incrédula.

— ¿Qué significa eso?

—Eso mismo, que no puedes solo venir aquí y tratar de seducirme, Joseph. Yo realmente si quiero estar bien contigo, pero han sido años de rencor por parte tuya que honestamente dudo que los hayas olvidado de un momento a otro. Y además tú fuiste y me sacaste de la casa de mis padres con amenazas para que me casara contigo, me quitaste lo único que tenía. —le dijo con reproche.

—Joseph se pasó la mano por la cara desesperado por volver al mismo tema— ¿Que más podía hacer? Tú me ocultaste a mi hija y yo quería pasar tiempo con ella.

—Hubieras podido hacerlo sin obligarme y sacarme de la casa. Hasta el último peso de mis ahorros quedó allí invertido y tú con toda la frialdad del mundo me sacaste de allí y hasta me diste las gracias por arreglarte la casa.

—Por Dios, Mandy, jamás me imagine que fueras tan rencorosa.

— ¡Oh por Dios! Júrame que no acabas de decir que soy rencorosa—su rostro enrojeció de ira—eso viene del hombre más rencoroso que conozco.

—Yo no te he quitado nada, esa casa era mía desde antes que llegaras porque tu padre me la vendió y se tragó el dinero en alcohol.

Amanda no soporto que le tirara a la cara esa verdad y le dio una bofetada — ¡Cállate! Jamás vuelvas a hablar así de mi padre.

— ¿Por qué?—su rostro se transformó por la rabia— ¿Porque es la verdad?—la tomó de los brazos—eso era tu padre, un alcohólico, un mentiroso, un hombre sin principios que se creía el dueño del mundo entero —le gritó dolido también por tantas cosas guardadas dentro de él. Joseph lo último que deseaba era hierla, pero en ese momento tenía tanta rabia, tanta frustración por el hecho de querer olvidar y que ella no dejara de recordarle, que sintió que iba a estallar.

— ¡Ya basta! No escucharé nada más.

—Oh no, ni lo pienses, tú fuiste la que puso el tema y ahora te aguantas. Apretó su brazo aún más sin darse cuenta. Ella sintió miedo— ¿qué haces?— gimió —me estás lastimando. Joseph pareció darse cuenta en ese momento de lo que estaba haciendo y la soltó enseguida—Dios, yo lo siento...—la miró avergonzado por su comportamiento—miró uno de sus brazos completamente rojo en el que se notaba que aparecería un hematoma— Mandy, mi amor, lo siento. Ella solo se alejó—es mejor que te vayas.

—Por favor, déjame verte bien—trató de tomar su brazo nuevamente, pero ella no lo dejó— Sabes que yo jamás te lastimaría.

—Solo vete—no lo miró siquiera. Y él entendió que lo mejor era dejarla sola, si se quedaba solo empeoraría las cosas.

La mañana siguiente ninguno de los dos se miraba siquiera, y Jo, no dejaba de mirarlos desde su puesto en la mesa.

— ¿Están molestos?

Él miró a la niña—por supuesto que no, linda.

—Pero es que no se hablan, ni sonríen como todos los días.

—Es que estamos ocupados con nuestras cosas—le dijo Amanda, mostrándole que miraba en ese momento el periódico.

—Papá ¿me vas a llevar al cole, hoy?

—Por supuesto, si ya terminaste tu desayuno, ve a buscar tu maleta y nos vamos.

Cuando la niña se levantó a recoger sus cosas arriba, ella se levantó también de la mesa.

—Espera Mandy. No me has dicho como amaneciste. ¿Te duele? ¿Tienes moretones?

Ella se subió las mangas de la blusa y le mostró— ¿tú que crees?

Joseph quiso golpearse a sí mismo. Ella tenía los brazos con hematomas grandes y se veía claramente la forma de su mano en ellos. Amanda siempre había sido muy delicada y él se portó como una bestia. Estaba demasiado avergonzado por lo que había sucedido—lo siento—tomó sus manos y las besó—te juro que lamento lo que sucedió.

—Lo sé, Joseph, pero eso solo me demuestra que tú y yo no podremos tener nunca la relación que tus esperas.

—No digas eso, yo...

—Mami, no encuentro mi lazo rosado para el cabello—dijo la niña bajando rápidamente las escaleras.

—Yo lo busco—ella se fue corriendo pero él la llamó—Mandy, ¿cuándo vuelva de llevar a Jo, podemos hablar?

Ella asintió y siguió su carrera escaleras arriba.

Amanda se vistió para ir a tomar algunas fotos y en realidad no quiso esperar a Joseph. No deseaba hablar con él de nada. Solo quería estar sola en ese momento, pensar un rato y mirar los bellos paisajes de color blanco que se formaban en esa época del año. Comenzó a caminar cerca de la casa pero después se fue alejando sin siquiera darse cuenta. Había un árbol y algunas ardillas habían salido a pesar del frío a buscar su comida, comenzó a tomar fotos y luego fue adentrándose más en el bosque hasta llegar al pequeño estanque de agua. Se veía tentador pisar el agua congelada y tratar de deslizarse sin patines como cuando era una niña. Se dijo que no era peligroso, porque el hielo ahora se veía muy grueso, así que sin pensarlo más fue hasta allí y comenzó a deslizarse. Estaba tan feliz y ajena a todo que no vio que quedaba debajo de un árbol con un enorme montón de nieve acumulada en la copa y cuando en un movimiento mal hecho, chocó con este, se golpeó muy fuerte y toda la nieve fue a parar sobre ella.

El golpe la aturdió por unos minutos y ella se percató de que había estado tal vez algunos minutos inconsciente y sumergida en ese momento de nieve porque al intentar salir su ropa estaba empapada. Tenía un horrible dolor de cabeza pero lo que más le preocupó fue el horrible frío que empezó a sentir incluso con el saco grueso que llevaba debajo de la chaqueta. Se fue corriendo con su cámara tratando de llegar rápido a la casa porque sabía que

no era bueno estar empapada en la nieve, pero no contaba con el hecho de que se había alejado demasiado y por más que caminaba no lograba llegara a la casa. Media hora después se sentía agotada sin embargo sabía que no era por el trayecto sino porque su cuerpo comenzaba a enfriarse demasiado. Necesitaba llegar pronto y darse una ducha con agua caliente inmediatamente. Buscó en todos los bolsillos que tenía pero el celular no estaba “como pude ser tan idiota” se dijo. De repente escuchó una voz que la llamaba y sintió ganas de llorar al darse cuenta de que era Joseph que la estaba buscando.

— ¡Estoy aquí!—gritó mientras intentaba acelerar sus pasos. Lo vio correr hacia ella y detenerse en seco al darse cuenta de que estaba totalmente empapada.

—Por Dios, Amanda, ¿pero que te ha sucedido?

—Me caí, me di un golpe horrible y quedé tan empapada que me estoy muriendo de frío—le dijo entre sollozos. Joseph no sabía si reírse o recordarle lo tonta que había sido al irse de esa manera cuando hacía poco le había dicho que tenía que salir acompañada porque no era seguro adentrarse sola en el bosque. La alzó en brazos y la llevó cargada hasta la casa. Entró rápidamente y se encaminó hacia la habitación de ella, y cuando entró enseguida la desvistió sin preguntarle y mientras lo hacía solo pensaba en que pudo haberle dado hipotermia. Abrió la regadera con el agua caliente a toda potencia y se metió en la ducha con ella.

— ¿Qué haces?—le preguntó temblando mientras lo miraba como si estuviera loco.

—Estoy haciéndote entrar en calor, estas helada.

—Sí, pero estás...vestido.

— ¿Y eso que diablos importa?—le frotó los brazos, la espalda, las caderas y siguió bajando. Luego de un rato ya estaba entrando en calor y pudo ver claramente la erección en el pantalón de él. Lo miró directamente a los ojos y él también lo hizo—Te deseo, Mandy. Te deseo demasiado—capturó sus labios en un beso tan lleno de pasión que su cuerpo nuevamente comenzó a temblar, pero esta vez era de puro y físico deseo. Un gemido salió desde lo más profundo de ella, y no pudo evitar responder a su beso. Joseph deslizó su lengua en su boca húmeda y ella lo sorprendió respondiendo de una forma tan apasionada que una necesidad ardiente lo atravesó. Saboreó su dulzura, su calidez mientras ronroneaba como un gatito mientras sujetaba sus piernas con las suyas. Ella se sentía tan suave, con curvas deliciosas y perfectas que ya lo tenían completamente excitado. Sus pantalones se sentían definitivamente muy apretados, al tiempo que ella se derretía sobre su cuerpo. La lengua de él tomó su sabor dulce sintiendo que ese beso era el comienzo de algo increíble. Acarició sus hinchados labios y al abrir sus ojos memorizó por completo el hermoso rostro de ella, la mirada nublada que tenía; su boca de labios llenos, sus mejillas sonrosadas, y la forma en que sus parpados revoloteaban. Ese era un recuerdo que guardaría felizmente en su corazón para siempre.

—Necesito llevarte ahora a mi cama—volvió a besarla.

—La mía está más cerca—respondió ella urgida de más caricias.

Capítulo 8

Joseph la envolvió en una toalla y la levantó en brazos como si fuera una pluma, y luego la llevó hasta la cama donde la colocó delicadamente. Admiró su belleza y se enterneció por su expresión llena de temor.

—Te juro que no te vas a arrepentir—le acarició los labios primero con un dedo, luego con su boca. Se separó de ella para quitarse la ropa mojada, primero se deshizo de sus zapatos y sus medias y después dejó caer sus jeans. Enseguida siguió con su camisa y dejó por último la mejor parte; unos boxers muy abultados en la parte delantera que al quitarlos dejaron al descubierto su miembro masculino listo para ella. El cuerpo de Amanda reaccionó ante la vista, comenzó a humedecerse en su parte más íntima ansiando que la llenara.

Sus grandes manos halaron la toalla y la echaron a un lado. Luego concentró su mirada en sus pechos cuyos pezones ya estaban duros y erectos. Le dio una sonrisa traviesa— Parece que estás feliz de verme, Mandy

—Lo estoy—le dijo ella mientras una de sus manos ahuecaba su pecho y su boca tomaba el otro. Su lengua se movió sobre el pezón y envió una ola de placer a través de ella, llegando hasta su mismo centro. Amanda se arqueó hacia él y pasó sus manos por su espalda musculosa. Joseph le regaló un suave mordisco para luego dejar besos ligeros sobre su pecho y empezar a

recorrer su cuello haciendo lo mismo.

—¿Me amas, Mandy?

Su respiración se detuvo por un momento y se quedó en blanco ¿qué podía decir? Sí le decía que sí, él podía aprovecharse de aquello y si lo negaba querría seguir con su venganza y se llenaría más de odio hacia ella. Él le mordió el cuello con suavidad haciendo que todo su sexo se humedeciera.

—Te amo, Joseph.

Él soltó una risa profunda—Y yo te amo a ti, Mandy. He luchado por siete años contra este sentimiento, pero es mi maldita ‘perdición—eran las palabras que más había querido escuchar en mucho tiempo. Con su boca caliente pasó su lengua por su cuello y tomó sus labios en un profundo beso. Los brazos de ella lo rodearon y lo atrajeron hacia su cuerpo. Amanda solo podía pensar en lo mucho que lo quería dentro de ella. Movi6 una pierna, y su pierna se acerc6 a la de ella. Sus ojos se iluminaron y sonri6— ¿Quieres que te demuestre cuanto te amo?

Bes6 sus pechos y recorri6 con su lengua su est6mago haciendo que su cuerpo temblara. Cuando su boca se detuvo en lo alto de su sexo, la mir6 fijamente. Ella tuvo que preguntar— ¿Qu6 vas a hacer?

— “Hacerte feliz”, dijo mientras agarraba sus tobillos y tiraba de ellos para doblar sus rodillas. Los ojos de Amanda se cerraron mientras sus labios la tocaban all6 abajo. “Dios...eso se sent6a bien” Un gemido se escap6 de 6l cuando la toc6 con su boca y ella pudo ver que no solo ella disfrutaba. La traviesa lengua serpente6 por sus h6medos pliegues tocando lugares que nunca imagin6, luego encontr6 el bot6n de carne que acarici6 una y otra vez. Su est6mago se contra6a con cada movimiento de esta sobre su sexo, Sus manos agarraban su trasero mientras la lam6a, y algo dentro de ella se rompi6

en un millón de pedazos, el placer corrió a través de cada rincón de su cuerpo haciéndola sentir como si volara. Su cuerpo se arqueó y ella gritó fuerte mientras su cuerpo temblaba, y él sonreía. Con besos lentos hizo su camino hacia arriba — ¿Te gustó?

—Me encantó —le contestó ella con su respiración entrecortada.

—No sabes cuánto había soñado con volverte a dar un orgasmo y observar como tus ojos brillan de deseo por mí. — su boca tomó nuevamente la suya y la penetró enseguida. Las piernas de Amanda se enredaron alrededor de él para sujetarse mejor y sentirlo aún más, al tiempo que él con golpes lentos, entraba y salía de ella. Ambos gimieron besándose y ella pensaba en que nada en el mundo podría detener ese momento, pasara lo que pasara ella seguiría aferrada a él como lo estaba ahora. Sus golpes se volvieron entonces más profundos y duros quitándole el aire con cada golpe haciendo que su cuerpo estuviera en llamas. Algo dentro de ella comenzaba a acumularse con intenso placer y ella supo que estaba a punto de tener otro delicioso orgasmo. Joseph se movió más rápido dentro y fuera de ella y de repente todo se detuvo cuando explotó con un fuerte gemido. Luego su semilla caliente la llenó mientras gemía fuertemente. Amanda sintió su miembro pulsar dentro de ella, sentía su propio cuerpo apretarlo con fuerza tratando de obtener cada gota de él. Sus cálidos labios tocaron su cuello en un suave beso y toda el esfuerzo de aquel glorioso momento hizo que el cuerpo de él cayera agotado sobre ella. Amanda besó su hombro y acarició su espalda. Pensaba fascinada como dos cuerpos podían estar tan juntos y de manera tan perfecta como en el caso de ellos. Siempre le pareció increíble la conexión que ambos tenían fuera y dentro de la cama.

A la mañana siguiente Joseph la despertó con un suave beso. Ella gimió —buenos días...—dijo medio dormida— ¿Qué horas son?

—Son las ocho de la mañana.

Ella se levantó de un salto—Oh Dios, Jo debe estar por aparecer. Me extraña que no lo haya hecho ya

—Calma, cariño. Jo, está desayunando. En la cocina le prepararon un delicioso desayuno, y la niñera la tiene bastante ocupada.

—Eso es extraño... ¿Cómo sabe a niñera que debe tenerla ocupada?

—Porque yo me desperté más temprano y le dije que quería todo el tiempo posible con mi esposa esta mañana, ella entendió perfectamente y me dijo que se quedaría con la niña distrayéndola—su sonrisa era la de un lobo y ella tuvo que reírse con él—estoy feliz.

—Eso me alegra mucho — le dio un beso en la punta de la nariz.

—Debo ir a bañarme.

—Déjame acompañarte—ella sabía lo que estaba tramando. Lo vio ir primero y llenar la tina con agua caliente y sales de baño. Se desnudó nuevamente y le hizo señas—la idea es que ambos estemos aquí. Ella se levantó de la cama completamente desnuda y lo vio admirarla con ojos vidriosos por la lujuria. No podía negar que se sentía bien ser objeto de deseo por parte de un hombre como ese, tan apuesto. Cuando llegó junto a él, entró lentamente a la tina, él enseguida tomó la esponja jabonosa y la pasó por su delicada piel, y luego hizo lo mismo en su cuello, haciendo un pequeño masaje.

—Ummmm, eres maravilloso—él siguió enjabonando su cuerpo, limpiándolo con pericia pero con delicadeza. Luego la miró—tu turno.

Amanda se colocó sobre él de tal manera que sus jugosos pechos quedaron tan cerca de su rostro que parecía una hermosa ofrenda. Los tomó

en sus manos, apretándolos mientras ella pasaba sus manos enjabonadas por el musculoso pecho, y luego por el cuello. Joseph sintió que su miembro volvía a la vida de nuevo y vio que ella también lo notó porque se movió contra su erección. Apoyando su pecho contra el de él, comenzó a hacer movimientos lentos sobre su pene que cada vez estaba más erecto. Se sienta sobre su pene y él gime cuando ella está completamente sobre él y tomó sus caderas para levantarla de arriba a abajo quedando fascinado ante la vista de sus pechos que rebotaban y ante a sensación de su cuerpo apretando su miembro. No pudo evitarlo y se derramó dentro de ella rápidamente mientras ella gemía su nombre y poco después obtenía su propio orgasmo.

Un rato más tarde, Amanda se despertó con un cuerpo cálido que la abrazaba y se sentía demasiado bien. En medio de su sueño se dio la vuelta para recostarse contra ese cuerpo que comenzó acariciar sus caderas y bajó hasta tocar el final de su espalda.

—Me encanta tu trasero—dijo una voz en su oído.

Ella sonrió—buenos días de nuevo, para ti también.

Joseph la atrajo hacia él para darle un beso apasionado y cuando terminó la miró con ojos brillantes—Ahora sí, buenos días.

—Ya debe ser muy tarde, ¿Quieres desayunar?

—Oh si...tomó uno de sus pechos y lo metió en su boca haciéndola reír y

gemir al mismo tiempo—no me refería precisamente a eso.

— ¿Debo detenerme?

—Oh por favor no lo hagas...—estaban a punto de seguir con su maratón sexual, cuando unos pequeños golpes en la puerta los detuvieron.

—Mami... ¿Estás despierta?

—Si cariño—Amanda tapó a Joseph con las sábanas—no te muevas—le ordenó.

—Supongo que la niñera no pudo retenerla por más tiempo—dijo él escondiéndose. Luego vio a su hija entrar al dormitorio y caminar hasta la cama para abrazar a su madre, pero antes de llegar allí, se detuvo mirando extrañada el bulto cubierto con la sábana—buenos días, papi—allí terminó el secreto de ambos y Joseph no pudo evitar reír—buenos días, preciosa ¿Cómo amaneciste hoy?

—Bien, pero recordé que mami dijo que hoy decoraríamos el árbol de navidad porque por fin terminó de comprar todo lo que necesitaba—la niña actuaba como si no fuera nada extraño que ellos dos estuvieran en la cama después de haberlos visto dormir siempre en cuartos distintos.

— ¿Puedo sumarme a la diversión?—se inclinó para tomarla en brazos.

—Sí, claro. Se supone que el papá, la mamá y los hijos deben hacerlo—respondió muy segura del tema.

—Muy bien, no se diga más, eso haremos. Así tendré un bonito recuerdo para cuando me vaya.

Amanda enseguida volteó a verlo— ¿te iras?

—Tengo que hacerlo, cariño. Hay demasiadas cosas por hacer en la empresa y Myra me ha llamado más veces de las que recuerdo, para decirme

que debo ir.

Ella no dijo nada pero en su rostro se vio un gesto claro de que no le gustaba la idea.

—Bueno, pero podemos pasar un maravilloso día, hoy. ¿Qué les parece? —les preguntó muy animado tratando de cambiar sus rostros de aburrimiento por la noticia.

Las dos sonrieron no muy convencidas, pero al final fueron a alistarse para decorar el árbol y luego salir a dar una vuelta.

Ya había pasado una semana desde que Joseph se había ido a Nueva York y llamaba todos los días para hablar con su hija pero eran pocas las veces que hablaba con Amanda. Ella comenzaba a preguntarse si todo había sido cosa de una sola noche pero se negaba a creerlo. No deseaba preguntarle porque temía que él pensara que era una intensa o algo por el estilo, así que solo se limitaba a pasar al teléfono cuando él le decía a la niña que deseaba hablar con su madre. La noche anterior él le había dicho que volvería en una semana para las festividades, pues ya se acercaba la navidad y quería pasarla con ellas. Amanda no mostró ninguna emoción al respecto pero obviamente al saber que lo vería, no podía evitar que su corazón se acelerara. Joseph siempre tenía ese efecto en ella y a veces odiaba que así fuera.

Se dispuso a hacer otras cosas para tratar de distraerse y no pensar tanto en él. Así que habló con su amiga Becky para que se vieran un rato y para que hablaran. No tenía a nadie más para contarle sus cosas y quería desahogarse. Un rato después ella estaba en la casa y ambas tomaban una taza de té y comían las deliciosas galletas que su amiga había horneado.

— ¿Estás segura de que no son ideas tuyas?

— ¡Claro que sí! No estoy loca. Sé cómo se porta cuando quiere ser

indiferente y ahora lo está haciendo. Creo que lo único que deseaba era que yo bajara la guardia y cediera para sentir que había ganado. Porque en su retorcida cabeza todo es competencia y venganza.

—Creo que lo estás juzgando muy deprisa. Tal vez está confundido, no sé...para mí no sería fácil tratar de olvidar que el padre de la persona que amo me quito años de mi vida y la oportunidad de criar a mi pequeña hija.

—Bueno, gracias Becky. Siempre he dicho que es una bendición contar con la honesta opinión de una buena amiga—la miró con sarcasmo.

—Es mejor que sea honesta a que te esté endulzando el oído con lo que quieres escuchar. Él te quiere, Amanda. Tal vez diga que hace todo esto por venganza pero hay muchas formas en la que habría podido vengarse y sin embargo escogió casarse contigo.

—Es que si vieras su actitud, es tan distante que parece mentira que esa noche fuera tan tierno y considerado.

— ¿Tierno y considerado?—preguntó con escepticismo. Sinceramente amiga, yo quiero todo menos ternura y consideración, para una noche de sexo caliente—se comió otra galleta y es que estaba tan emocionada que sin darse cuenta se había comido la mayoría de galletas que había traído.

Ella rodó los ojos—también fue muy apasionado y no te imaginas cuanto pero...

—Oh No—comenzó a sacudir su cabeza de un lado a otro —yo no tengo porque imaginar nada, me lo contarás.

—Dime algo, Becky... ¿hace cuánto no tienes sexo con tu marido?

— ¿Se nota tanto que hace tiempo no hacemos nada?

—Bueno...lo deduje cuando me di cuenta de que prefieres que te cuente

los pormenores de mi relación sexual a que te cuente cual es mi verdadero problema.

—Sí, tienes razón., Yo no tengo vida sexual porque desde que me embaracé y tuve al bebé, todo lo que hago es cambiar pañales, darle de comer y tratar de sanar esas malditas hemorroides que me salieron durante esos meses—hizo pucheros—.Sin hablar de que Andy ni siquiera me mira como si fuera una mujer deseable. Soy un saco de papas, tengo el trasero de una vaca y estoy horrible—le dijo al borde de un ataque.

—Oh cariño—la abrazó porque su amiga se veía a punto de llorar —todo va a mejorar, créeme. Sabes que Andy te ama y en ese punto quiso echarse a reír por lo cómico de la situación. Se suponía que era ella la que necesitaba consejo y al parecer sería el paño de lágrimas de su amiga.

Capítulo 9

La semana se pasó demasiado rápido para Amanda, y cuando se dio cuenta, ya era el día en el que Joseph volvía y ella estaba hecha un manojo de nervios. No sabía de é hablarían cuando se vieran, no sabía si estaba bien decirle que la había herido con su indiferencia o tal vez lo mejor era no decir nada. Su hija corría feliz por toda la casa, esperando que su padre llegara. No hacía más que preguntar a qué horas estaría allí. Y dos horas después se escuchó el sonido de un auto.

— ¡Es papá!—dijo Jo, emocionada. Salió casi volando a recibirlo y se tiró a sus brazos cuando él venía entrando por la puerta.

Amanda no dejaba de sorprenderse por cuan apegada estaba Jo, con su padre. La niña ni sabía que eran de la misma sangre, pero tampoco lo veía como un padrastro. Su amor por él era tan genuino como el de él por ella. Al observarlos, el parecido entre los dos era cada vez más evidente y ahora se preguntaba si la gente lo habría notado también desde antes de casarse con Joseph. Ambos entraron a la casa y él dejó su maletín a un lado, para luego acercarse a ella.

—Hola Mandy—extendió lo brazos.

Ella se acercó lentamente y se dejó abrazar—hola—solo le dijo eso.

— ¿Estás bien?

—Sí, estupenda—se dio la vuelta—espero que haya sido un buen viaje— caminó hasta la cocina y regresó con un vaso de jugo de arándanos—toma— le dio el vaso—sé que te gusta y lo preparé hoy.

Él sonrió—por supuesto que me gusta—tomó un trago—gracias—le dijo mientras la seguía mirado— ¿segura de que no te pasa nada?

—Segura, todo está bien—ella no le iba a reclamar su trato de estos días. Sí él podía ser indiferente, ella también podía. Lo vio subir las escaleras para cambiarse de ropa—la miró como si esperara que ella subiera tras él pero Amanda se alejó y se fue a la sala a terminar de hacer algunas cosas.

Los días que siguieron fueron bastante monótonos y ella dejó que padre e hija se divirtieran mientras ella terminaba algunas cosas sobre la tienda online. Joseph trató de acercarse más de una vez, pero ella no quiso absolutamente nada con él. Lo trataba de forma cordial pero no pensaba volver a tener sexo con él; se sentía lo suficientemente mal por haber sido tan idiota y dejar que la sedujera, para luego ver la indiferencia con la que la trataba, como para volver a hacerlo.

—Sé qué te pasa algo, estás muy rara—comentó él una tarde en la que estaban almorzando. Jo, se había ido esa mañana con la madre de un compañero de colegio porque al parecer ese día harían una visita a un museo y toda la clase se encontraría allí. Él aprovechó que estaban solos para tratar de averiguar lo que sucedía. ¿Estas molesta conmigo por algo que hice?

—Ya te dije que no me pasa nada.

—Eres una terrible mentirosa—se sentó en la silla al lado de ella y tomó un mechón de su cabello. Ella inmediatamente se sacudió—para Joseph, no estoy de ánimo para juegos.

—No sabes lo mucho que te extrañé. Sé que no hablamos mucho mientras estuve de negocios, pero tuve demasiadas cosas que hacer, ni te imaginas lo ocupado que estaba.

—Sí, claro.

— ¿Porque no me crees?

—Llamaste todos los días para hablar con tu hija y solo en dos ocasiones pediste hablar conmigo. ¿Te parece eso lógico? El día anterior a que te fueras hicimos el amor y tú me hacías promesas de que no me harías daño para luego irte y tratarme como alguna de tus conquistas.

Joseph estiró su mano para tocar la de ella—no es lo que crees, Mandy. Además tampoco soy un mujeriego.

—Eso no es lo que dicen las revistas en las que apareces. Siempre que abro una, estás en alguna fiesta o en algún evento. Estaba molesta y se sentía herida, y su actitud burlona no ayudó para nada.

— ¿Sabes algo? Todavía me pregunto cómo es que conseguiste tener tanto dinero de la noche a la mañana. Hace unos años nadie te conocía, pero ahora vas a las fiestas de todos, la sociedad de Nueva York te conoce muy bien, y todo eso en muy poco tiempo.

El rostro de Joseph se tornó serio inmediatamente— ¿insinúas que estoy metido en algo raro o tal vez ilegal? No pierdas tu tiempo haciendo estúpidas conjeturas; soy un hombre de negocios pero antes de eso era un apostador, y de los buenos. Apostaba con todo tipo de gente, en clubes elegantes o en algunos de mala muerte. Lo importante era ganar y si algún borracho con dinero me seguía el juego y perdía, ese no era mi problema.

Amanda supo inmediatamente que lo dijo por su padre, tenía toda la intención de herirla. Ella no soportó sus indirectas y se levantó de la mesa—

estoy harta de que quieras restregarme el alcoholismo de mi padre y el hecho de que perdí la casa gracias a eso. No tienes que hacerlo, suficiente con el tiempo que yo estoy recordándolo como para que tu hagas lo mismo—se dio la vuelta para que él no viera lo mucho que le dolían sus palabras—pero bueno, ¿de eso se trata o no? De hacerme sufrir y recordarme en todo momento que soy la gran perdedora en esta guerra tuya—se alejó corriendo.

—Mandy!—la llamó—no te vayas, no hemos terminado de hablar.

— ¡Yo sí! —gritó ella a lo lejos.

Pero él no se conformó con esa respuesta y fue tras ella— ¡maldita sea, espera!—tuvo que apresurar más el paso porque ella iba corriendo y cuando por fin la tomó del brazo para que se diera la vuelta, notó que lloraba y eso fue como si le dieran un puño en el estómago.

— ¡¿Qué quieres?! ¡¿Qué es lo que quieres de mí?!—le dijo en medio de su llanto con las manos apretadas en dos puños—Has logrado todo lo que querías, me quitaste lo único que me quedaba de mi familia, me tienes atrapada en esta casa donde tengo que aguantar tus indirectas y humillaciones porque me amenazas con quitarme a mi hija, me sedujiste solo para probarte a ti mismo que podías hacerlo ¿Y ahora no tengo derecho a molestarme porque me tratas como si fuera una cualquiera a la que metes a la cama y después no le das ni la hora? ¡Déjame algo de dignidad!—gritó a voz en cuello necesitando sacarse de adentro la frustración que sentía.

—Por favor, no llores, Mandy—la vergüenza se agitó en él. Se había excedido en su afán de vengarse de ella pero no sabía cómo explicarle que lo que había sucedió aquella noche entre los dos, lo había llenado de confusión y no sabía si podía confiar en ella o en él, para tener una vida plena con Amanda sin sentir más adelante que estaba traicionándose a sí mismo. ¿Empezaba a nevar y el frío era terrible—podemos entrar? No quiero que te

resfríes aquí afuera.

— ¿Qué diablos te puede importar si me muero?—le preguntó molesta.

—No digas eso, mi amor. Yo no podría vivir si algo malo te pasara. Solo necesito que me entiendas, Mandy. Sé que suena mezquino de mi parte pedirte algo como eso, pero en realidad no sabes lo mucho que significó para mi esa noche que pasamos juntos—la tomó del brazo sin imponerse pero tratando de que entrara a la casa con él. Cuando ya estuvieron allí se encaminaron al estudio.

— ¿Entonces porque te has estado portando como un idiota conmigo?—le preguntó mientras se sentaba en uno de los sillones cerca a la chimenea.

—Porque después de todo lo que sentí aquella noche tuve miedo de caer. De dejarte entrar de nuevo en mi corazón y que me volvieras a traicionar.

—Yo jamás te traicioné. Hice todo por mi hija porque mi padre no habría tenido contemplaciones con ella y jamás la habría vuelto a ver. No sabes cuantas veces quise ir y hablar con la policía sobre esto pero hasta la policía adoraba a mi padre y sentía que no tenía apoyo de nadie, estaba completamente sola con ese problema. Sí desobedecía a mi padre, no solo no te iban a dejar salir, ya que él se las habría ingeniado para culparte por cualquier otra cosa, sino que de paso su castigo sería alejar a mi bebé.

Joseph bajó la cabeza arrepentido—lo sé...

— ¿Cómo lo sabes?—su rostro se veía confundido.

—hace un tiempo hable con Andy. Él me lo contó todo. Estaba preocupado porque te hiciera sufrir.

— ¿Y aun así, tú me has humillado y me has hecho sentir culpable?

—Me enteré unos días antes de que estuviéramos juntos y luego tuve que

irme, estaba confundido. No es fácil olvidar que te han hecho tanto daño. Amanda, hace solo tres años todavía estaba en la cárcel sin saber si algún día saldría. Sí mi tío, un hombre que yo creía muerto, no se hubiera presentado allá y me hubiera contratado uno de los mejores abogados, tal vez jamás habría salido.

— ¿Tu tío?

—Era hermano de mi madre. Todo el mundo decía que había muerto en Asia, pero resulta que estaba vivo y había hecho muy buen dinero. Quiso ver a su única hermana y cuando llegó, se enteró de que había muerto y que el único hijo de su hermana estaba en la cárcel.

Amanda quiso ver en su rostro si le mentía. Ella jamás supo de un familiar de él. — ¿Y dónde está ahora?

—Es un ciudadano del mundo, nunca está quieto. Le encanta viajar y ahora mismo ha vuelto a Bali, un lugar que según él, es su segunda casa. Él es quien me ha ayudado muchísimo. Por mi tío tengo todo lo que poseo hoy en día, aunque no es mentira lo de que también me gustaba mucho el juego.

— ¿Todavía te gusta?

—No, ya no. Creo que al final solo fue un medio para llegar a un fin, pero ahora no lo necesito.

Ella no quiso hablar sobre cuál era el fin, porque se imaginaba que era su venganza contra ella y su padre.

—Discúlpame por lo que te dije hace un rato. No debí hablar de esa forma, tú no tienes la culpa de los errores de tu padre y debo aprender a ver la diferencia entre tú y él. Honestamente deseo hacerlo, nena—volvió a acercarse a ella—necesito tener una vida contigo y con mi hija. Una vida feliz sin malos recuerdos pero necesito que me ayudes para poder lograrlo. A ella

le tocó el corazón que se lo pidiera de esa manera.

—Quiero ayudarte, Joseph pero me da miedo. ¿Qué tal si al final decides que no soy lo que querías y que no podrás olvidarte del pasado?

—Eso no pasará, mi amor. Te quiero demasiado para perderte—la abrazó y esta vez ella se dejó—solo dame tiempo para hacerlo poco a poco. Amanda se sentía tan bien en sus brazos, recordaba todas las veces que estaban así cuando era novios y lo mucho que les gustaba ver las estrellas y solo estar en un cómodo silencio.

—¿Crees que podrás darme esa nueva oportunidad?

—No me decepciones, por favor.

—Nunca—se apartó un poco, buscó su rostro—quiero besarte—susurró mientras sus labios se acercaban lentamente hacia los de ella. El beso era hambriento, provocando un feroz deseo dentro de ella, sin dejar absolutamente espacio para nada que no fuera sentir ese beso perfecto.

Joseph aferró su cabello sin lastimarla, y con la otra mano bajó por su espalda empujándola más cerca de él. Su lengua la impulsaba a abrir más la boca hasta que ella le dio acceso a su cálida lengua y gimió cuando esta se deslizó contra la de Amanda. Este beso era poderoso e incontrolable.

—Amanda, no tienes idea de cuánto te deseo, más de lo que nunca he deseado algo en toda mi vida. Necesito llevarte a mi cama, hacerte mía—le dijo mordisqueando sus labios enrojecidos por los besos—Por favor, dime que te sientes igual que yo. La voz de él era ronca, llena de lujuria como si le faltara poco por perder el control

Ella no lo pensó más—Yo también te deseo muchísimo—le respondió sintiéndose delirante por las sensaciones que ahora recorrían su cuerpo. Apenas había terminado de decirlo cuando él la levantó en brazos y ella

envolvió sus piernas alrededor de su cintura aferrándose a él como si no hubiera un mañana. Las manos de Joseph estaban sobre su trasero manteniéndola en su lugar mientras la llevaba a su dormitorio. Al llegar allí tomó su boca nuevamente, devorando sus labios mientras ambos peleaban por quitarse la ropa mutuamente. Los botones de la camisa de Joseph se abrieron fácilmente y ella tocó cada centímetro de su enorme pecho al tiempo que el desnudaba el suyo e inhalaba bruscamente cuando quedaron piel con piel.

Sus manos se movían para ahuecar sus pechos y un calor comenzó a extenderse a través de ella hasta que Joseph lentamente se movió hacia adelante para tocar con su boca uno de sus pechos, enviando una sacudida a través de su cuerpo. La miró y sonrió, para luego tomar todo el pecho en su boca y pasar la lengua por el pezón que se endureció en un instante. Ella gimió al sentir el corrientazo que atravesó su cuerpo al sentir su boca quemando su piel, y sintió también una de sus manos en su trasero apretándolo como declarando que ella era solo de él. Sus dientes mordieron el pezón, suavemente y ella apretó su cuerpo ante la sensación. Pasó las manos por su espalda encontrando sus músculos firmes y apretados, pero quería más. Lo empujó hacia atrás para que cayera en la cama. Miró sus largas y musculosas piernas para luego centrarse en su miembro ya duro. Se colocó encima de él y deslizó su boca suave y lento sobre la de él. Su grueso miembro masculino pulsaba contra su estómago mostrando lo dispuesto que estaba para penetrarla. Luego fue Joseph quien se puso a cargo de la situación; le dio la vuelta para que ella quedara debajo de él y su boca empezó a dejar pequeños besos por su cuello, luego se deslizó poco a poco sobre su cuerpo hasta llegar a sus piernas y besar el interior de sus muslos, luego tomó sus tobillos y los empujó hacia arriba hasta que las rodillas de ella se doblaron y la cabeza de él estuvo entre sus piernas. Amanda se agarró a lo

primero que vio mientras sentía su boca tocar su sexo y enviar calor a través de ella. Su lengua se deslizó sobre sus labios íntimos enviando el más intenso placer por todo su cuerpo.

¡Dios! —gritaba mientras sus caderas se movían por si mismas buscando más de su experta boca. — ¡Joseph! ¡Oh por favor, no te detengas!—le dijo gimiendo. Sus manos recorrían su estómago y pellizcó un seno con cada una al tiempo que acariciando con su lengua sus pliegues. Las piernas de Amanda comenzaron a temblar y en su interior sintió no como si explotara una vez sino muchas. Su fuerte orgasmo la dejó completamente en blanco. Joseph tomó con un pequeño pellizco su clítoris —Oh, Dios mío!—comenzó a retorcerse gimiendo alto y retorciéndose bajo el asedio de su boca hasta que tuvo un segundo clímax. Continuó atormentándola un poco más, tomando sus jugos con avidez, y luego movió su boca de allí besando el resto de su cuerpo hasta que su erección estuvo rozando los labios íntimos que antes había acariciado. Empujó fuerte y al principio ella sintió como si la estirara al máximo, algo que siempre sucedía cuando hacían el amor. Todavía podía recordar lo mucho que le dolió su primera vez con él, por su tamaño, sin embargo él supo consolarla y fue lo más gentil que pudo a pesar de que ambos era muy jóvenes. Joseph tomó su boca—quédate conmigo, no pienses en nada más—la conocía bien. Ella gimió mientras profundizaba el beso y empujaba más profundo. —te amo, Mandy.

—Yo también te amo, mi Joseph—lo llamó como solía hacerlo hace muchos años y vio en su mirada que le gustó. Golpeó todavía más fuerte llenándola por completo haciéndola sentir todo tipo de cosas, y ella le devuelve el beso con la misma ferocidad que estaba usando él, le pasó las manos por la espalda percibiendo como sus músculos se movían con cada empuje La boca de él muerde su cuello, marcándola a fuego, para luego acariciarla. Sus embates ahora son desesperados mientras gime —Dios,

cariño! Luego con ruido gutural se tensó, ella sintió toda su semilla derramarse dentro suyo y aunque fuera una locura se encontró deseando poder darle un hijo.

Capítulo 9

Se despertaron dos veces más durante la noche para volver a hacer el amor y cada vez fue mejor que la anterior. Cuando amaneció, él tuvo tiempo de mirarla a gusto. La detalló, aprendiendo a conocer a su mujer nuevamente aunque esta vez, ya no era aquella muchacha inocente, ahora su cuerpo tenía curvas perfectas, era una mujer voluptuosa y eso le encantaba. Sus hermosos ojos se abrieron de repente y le sonrió dulcemente—Buenos días.

— Buenos días princesa—le dijo tomando su mano y llevándola a sus labios para luego besar cada uno de sus dedos. —Que maravillosa noche.

—A mí también me gustó mucho—tocó su barbilla—me hiciste sentir muy especial...frunció el ceño—demasiado—dijo pensativa.

—¿Y eso te molesta?—la miró confundido.

—No, es solo que no quiero que esto cambie las cosas como la otra vez. No quiero que dentro de un rato o tal vez mañana, ya no quieras hablar conmigo o estés serio, indiferente.

—No va a pasar, te lo prometo. Vamos a hacer las cosas bien. Voy a intentar con todas mis fuerzas olvidar el pasado.

Ella lo observó un momento y luego sonrió—gracias.

—No cariño, gracias a ti. He debido hacer las cosas bien desde antes de

casarnos.

Ella toco su mejilla—lo importante es que lo haremos bien, ahora.

Las cosas estaban saliendo muy bien y Joseph cada día era más especial con ella, tenía muchos detalles lindos que a ella le encantaban, pero el que más lo tomó por sorpresa fue el que tuvo en navidad. En nochebuena hicieron galletas, y en la cocina prepararon una cena estupenda. Los tres celebraron con una deliciosa cena e invitaron a sus amigos más cercanos. Se divirtieron bailando y hablando y después de que todos se fueron, acompañaron a una muy ansiosa Jo a la cama, para que durmiera un poco antes de la locura que sabían que sería al día siguiente cuando se despertara temprano y comenzara a abrir sus regalos.

Al día siguiente, muy a las siete de la mañana Joseph se despertó con un ruido fuerte que parecía venir de la planta baja. Al bajar se dio cuenta de que era su hija que en su prisa por destapar sus regalos había dejado caer un adorno de cerámica que ahora estaba en el piso vuelto trizas. Al verlo hizo cara de avergonzada y se quedó observándolo, como si esperara el regaño, pero él no era capaz de decirle nada a su niña, y mucho menos si era la mañana de navidad.

—¿Ya estás abriendo regalos?

—Es que bajé para ver si me encontraba con santa pero lo que vi fue el montón de regalos más grande que haya visto. Debe estar muy contento con mi comportamiento ¿verdad?—comentó feliz. Joseph se acercó a ella y le estampó un beso en la mejilla—seguro que sí, quien no lo estaría? Eres la chica más hermosa y obediente que conozco. —miró los regalos y su pequeña

carita de ansiedad—quieres que te ayude a abrirlos?

Ella inmediatamente asintió y tomó uno grande para que lo abrieran entre los dos. Unos minutos más tarde llegó Amanda y se les unió—ya veo que se me han adelantado.

—Es navidad, el que se queda dormido, pierde—le dio un enorme beso que ella enseguida correspondió.

—Mami, aquí hay un regalo para ti—era un sobre y decía que era de Joseph para ella. Amanda enseguida comenzó a abrirlo ante la mirada misteriosa de él, y en el momento en que lo leyó quedó estupefacta; Joseph le estaba cediendo la casa que antes le había quitado. Amanda estaba sin habla.

—No vas a decir nada?—su sonrisa amplia le decía que disfrutaba de ese momento.

—Yo...no puedo creerlo.

—Bueno, pues créelo y comienza a pensar que harás con esa casa enorme, porque yo quiero a mis chicas aquí, conmigo.

—¿Qué es eso mami?—preguntó Jo.

—Oh cariño, es el mejor regalo que tu padre me ha podido dar. ¡Es la casa de los abuelos!

—Pero esa casa ya era tuya y tú la vendiste.

Amanda olvidó que su hija no sabía nada sobre que Joseph era quien se había quedado con la casa. Ella creía que debido a sus problemas económicos , ella al final había vendido la propiedad.

—Sí, si cariño. Yo la vendí pero tu papi consiguió comprársela al antiguo dueño para dármela de nuevo.

—¡Que bien! Porque me preocupaba mi jardín y la semillas que plantamos la última vez que fuimos, y las plantas que ya estaban creciendo...

—Bueno, ya veo que tienes toda una lista de plantas que has sembrado en esa casa—comentó Joseph divertido.

—A mami y a mí, nos encanta hacer huertos urbanos y como el jardín de los abuelos era tan grande, quisimos hacer muchas cosas con él.

—Sí, bebé, no te preocupes por nada, lo primero que haré es contratar a alguien que nos cuide nuestras plantas mientras no estamos allí. Pero debemos seguir vigilándolas e ir cada vez que podamos—abrazó a la niña y luego a Joseph—Dios, estoy tan feliz, que tengo miedo.

—Porque nena? Cuando la felicidad llega solo hay que abrazarla.

—Es que estar así, juntos como familia, viviendo tranquilos , es algo que desee tanto que ahora que lo tengo no quiero perderlo.

—Y no la harás—le dio un beso muy tierno—te prometo que será para siempre.

Amanda no perdió tiempo y empezó a buscar a alguien para que la ayudara con el mantenimiento de Green Forest Cottage. Ahora que era suya, pensaba hacer lo que había dicho desde el principio pero ya no vivía sola y

tenía que estar con su esposo y su hija, además de estar pendiente de su negocio por internet, lo que hacía necesario que una persona estuviera al frente de la casa y ayudara con el plan que tenía para ella. Averiguó con algunas personas, puso carteles en diferentes sitios y le pidió a su amiga Becky que fuera al periódico local para poner un aviso porque ella no tenía deseos de ver a Ailyn.

Estaba muy entusiasmada porque sabía que dentro de poco la casa estaría en perfecto estado y funcionando como un sitio de hospedaje temporal para personas que visitaban la ciudad. Todavía se maravillaba de que todo estuviera saliendo tan bien, las cosas estaban bien con Joseph, su negocio iba bien y ahora este regalo tan grandioso. Parecía que la vida al fin le sonreía, al menos un poco.

La tarde era fría y el cielo estaba tan opaco que Myra sabía que se avecinaba una tormenta. Llegó a North Pines en la mañana. Sabía que Joseph estaba en Nueva York, y por eso había decidido ir y hablar con la estúpida de su esposa. Estaba cansada de tener que hacer todo en la empresa porque Joseph ahora se las daba de enamorado de la insípida de Amanda. Pero lo que más odiaba era ver cómo había cambiado su trato con ella. Por un momento se imaginó que todo sería como antes, que él solo estaba con esa mujer por su venganza pero que seguirían siendo amantes. Sin embargo la presencia de la mocosa que tenía con Amanda había cambiado todo y ahora él pensaba que podía formar una familia. ¿Por qué los hombre se complicaban tanto a veces? Era algo simple quitarle todo a esa mujer, dejarla en la calle para concretar su venganza y seguir con su vida, pero ahora que ella era quien pagaba los

platos rotos, no pensaba soportarlo más. Sí ella sufría, ellos también lo harían.

Hizo una pequeña parada en un café que vio en la vía, para comer algo y luego seguir su camino. Se sentó en una mesa vacía que estaba en un rincón, de esa manera nadie la molestaría. Llamó a su asistente para saber cómo iban las cosas en la empresa. Como además de asistente, Jennifer era su amiga, aprovechó para desahogarse un poco y contarle que estaba a punto de ir a la casa de Joseph para dañar su nidito de amor de una vez por todas. Después de contarle un poco sobre sus planes a su amiga, se quedó pensando como haría las cosas de la mejor forma para herir todo lo posible a Amanda y hacer que desconfiara de Joseph mientras tomaba su café.

—Buenas tardes—la voz de una mujer la sacó de sus pensamientos. Volteó a mirar y se encontró con una mujer que jamás había visto en su vida.

—Buenas tardes—contestó.

—No pude evitar acercarme, creo que la he visto antes en compañía de Joseph Powell. ¿Verdad?

—Sí, así es—le dijo aburrida.

—No pude evitar escuchar un poco de su conversación y veo que tenemos algo en común.

—¿Y que sería eso?—le preguntó a la mujer segura de que esa cosa y ella jamás tendrían algo en común a menos que fuera solo el género.

—Bueno, puede escuchar que al parecer no tienes a Amanda Hughes en alta estima.

No debí hablar tan alto, pensó ella. La mujer se sentó a su lado sin

invitación—puedo ayudarte si lo que quieres es acabar con esa mujer.

Un rato después, ya era las más amigas.

—Así que Amanda era la reina del baile en su juventud.

—además era la niña consentida de North Plains, pero también la engreída de la escuela.

—Vaya, vaya, sí que es una cajita de sorpresas.

—Absolutamente. Se burlaba de todos los que a sus ojos no llenaban sus expectativas en cuanto a belleza. Y créeme que no era fácil igualar a la reina de la escuela. Realmente me alegré el día que supe que estaba embarazada y se había ido de la ciudad, luego de ser la comidilla de todos. Sin embargo todavía tenemos una cuenta pendiente. No se me olvida lo mucho que me humilló y las veces en que le ofrecí mi amistad y me despreció.

Myra la observó—Esa mujer era una total resentida. Después de tantos años todavía le guardaba rencor a una chica que la molestó por unos cuantos años en la escuela. “Qué tontería”

—No me malinterpretes, querida. Pero no me parece que le tengas tanta rabia a esa mujer por algo que pasó hace tanto tiempo y sobre todo cuando eran niñas.

—Ella no solo hizo eso. También sabía que Joseph era mi amor platónico y no le importó. Sencillamente le coqueteó hasta que lo alejó de mi lado.

—¿Joseph y tú, tuvieron algo?—no podía creer el mal gusto de ese hombre.

—Fue algo muy rápido, pero si lo tuvimos.

Myra se preguntó hasta qué punto eso era cierto y hasta donde eran ideas suyas. Sin embargo no dijo nada, pues una aliada para acabar con la relación de esos dos , le caía como anillo al dedo.—Ahh, ya veo. Entonces sí que tenemos algo en común. Parece que Amanda disfruta de tomar lo que no es suyo.

—Yo diría que si unimos fuerzas, podemos lograr que esos dos se separen.

Llegó la enorme casa que él había comprado para su adorada esposa y la mocosa y vio que ambas estaban al parecer jugando afuera en la nieve. Al verla llegar Amanda le dijo algo a la niña, que enseguida entró a la casa y ella se acercó para saludar.

—Buenas tardes, Myra.

—Buenas tardes, querida ¿Cómo has estado? Hace tanto que no nos vemos.

—Estoy bien, gracias ¿Llegaron tú y Joseph , esta mañana?

—Oh no, él se quedó en Nueva York. Hay demasiado trabajo por hacer. La que quería venir era yo—la miró de pies a cabeza preguntándose qué le había visto un hombre tan guapo como él , a una mujer tan común.

—Bien, entonces lo mejor es que entremos. Hace mucho frío aquí afuera —le dijo con cierta tensión. Ella sabía que esa mujer estaba allí para algo malo. Desde que se casó con Joseph notó la forma en la que ella lo devoraba

con los ojos y a ella la asesinaba. Sabía que no gustaba mucho de ella y muchas veces se quedaba hasta tarde pensando en lo que estarían haciendo en Nueva York, cuando a él le tocaba irse por cuestiones de trabajo. Myra podría ser su socia pero Amanda sabía que quería ser mucho más que eso para él.

Cuando ambas entraron fueron a la sala y allí se sentaron a hablar.

—Amanda, nunca he sido una mujer que se anda por las ramas. Creo que ya me ha tocado demasiado tragarme muchas cosas pero necesito decirte algo. Creo que tal vez lo hago por solidaridad de género, pues me duele que Joseph te vea la cara de tonta

Ella enseguida se tensionó. Sabía que nada bueno saldría de la boca de esa mujer.—Muy bien, dime lo que tengas que decir.

—Es que no sé si Joseph en algún momento te dijo de nuestra relación— fingió estar avergonzada—él y yo hace mucho que somos amantes. Nos conocimos poco tiempo después de que el saliera de aquel terrible lugar al que lo envió tu padre.

Amanda sintió ira, al saber que Joseph te había estado contando cosas tan personales a esa mujer.—Eso es algo que ya hemos arreglado él y yo.

—Oh bien, de verdad me alegro muchísimo porque ese hombre estaba tan lleno de rabia hacia ti, ni te imaginas la cantidad de cosas que quería hacerte para vengarse de ti. Incluso antes de casarse contigo me dijo que te enamoraría hasta que estuvieras tan perdida por él que no te pertenecieras, y entonces te dejaría en la calle y se llevaría a la niña porque tu no merecías la felicidad. Yo le dije muchas veces que no lo hiciera pero ya sabes cómo puede llegar a ser él—caminaba lentamente por la sala, como intentando buscar las palabras para decirle algo mas.—Esto es muy difícil para mí—sus ojos se veían húmedos—pero ya sabes que las mujeres somos tontas y

elegimos a quienes amamos con nuestro corazón y no con la cabeza. Yo...me he enamorado perdidamente de él a pesar de que siento que a veces puede llegar a ser una persona muy rencorosa y fría.

—¿Sabes Myra?—Amanda se levantó de su silla—realmente te subestimé. Creí que eras una mujer enamorada, pero tienes una mente podrida y veo que te duele muchísimo que Joseph y yo nos amemos. Mira que inventarse esa historia....

—No es un invento.

—Lo sé, porque yo conozco muy bien a Joseph desde hace muchos más años de los que lo conoces tú, y precisamente por eso te quiero pedir que te largues de mi casa y que no vuelvas por aquí, mucho menos si mi esposo no está.

Myra quería caerle encima y asesinarla ¿Quién diablos se creía esa pobre estúpida para hablarle de esa forma?

—Muy bien, si eso es lo que tu piensas no puedo hacer nada, pero lo único que te digo es que él desde que se casó contigo , está con las dos. Cada vez que se ausenta y va a nueva york , es a mí, a quien busca. No me importa si lo crees o no. Solo vine a decírtelo para que no sigas haciendo el papel de tonta. Obviamente él te lo negará todo el tiempo, pero dentro de ti, sabes que es un hombre mujeriego, del que muchas revistas hablan. Siempre ha tenido muchas mujeres y yo lo acepté así, prefiero compartirlo a no tenerlo, pero no sé si tú puedas hacer lo mismo.

—Quiero que te vayas ahora—le dijo de una forma que advertía que si no lo hacía no respondería por sus actos.

—Tranquila, ya me voy. Solo te aconsejo que pienses bien lo que acabo decirte—luego se marchó rápidamente de aquella casa y cuando subió al

auto, iba feliz, y satisfecha consigo misma por haber sembrado la duda en aquella estúpida. No había necesidad de acabar con ese matrimonio, porque sabía que después de aquella conversación, la misma Amanda haría el trabajo por ella.

Capítulo 10

Esa noche Amanda no dejaba de pensar en lo que había dicho Myra, y llamó a Joseph para aclarar las cosas pero no se pudo comunicar con él así que le dejó un mensaje para que le devolviera la llamada diciéndole que era algo urgente. Pero al parecer él no tenía la misma percepción de lo que era algo urgente. Esa noche no la llamó, durante todo el día siguiente tampoco lo hizo y solo hasta la noche la llamó.

—¡Vaya! Creí que jamás llamarías. Me pregunto; si alguien es llevado de urgencias a una clínica te preocuparías?—fue lo primero que le dijo incluso antes de que la saludara.

—Buenas noches, Amanda—su tono era frío—sabes bien que estoy trabajando y no he parado de tener juntas todos estos días , algo que hago para poder pasar temporadas con mi familia.

—Sí, pero si tu esposa te llama para decirte que hay algo urgente, ten por seguro que lo es.

—¿Que sucedió? Le ha pasado algo a Jo.

—No, nuestra hija está muy bien.

—¿Entonces qué es lo urgente?

—Lo urgente soy yo, Joseph. Quería hablarte de Myra.

—¿Y por eso has armado todo este embrollo? Eso no es algo urgente.

—Ni siquiera te he dicho de que se trata.

—Ya lo sé, pero ella no es algo urgente—respondió molesto—mira, creo que no podré ir este fin de semana. Las cosas no están bien por aquí y ha surgido un imprevisto—su voz estaba muy seria—tengo que quedarme para nuevas reuniones.

El silencio entre los dos se hizo tan grande, que se podía escuchar el tictac del reloj de la sala. Ella sencillamente no podía creer que Joseph podía ser ese hombre del que le habló Myra. ¿Sería posible que él le estuviera mintiendo para quedarse ese fin de semana con ella?—un escalofrío recorrió su cuerpo con solo pensarlo.

—Está bien, haz lo que quieras. De todas formas te quedarás allá.

—No puedo simplemente dejar mi trabajo tirado, Amanda.

—Sí, sí, lo sé. Bueno...tengo que ir a dormir yo también tengo trabajo que hacer y mañana debo levantarme muy temprano para hacer algunos diseños.

Escuchó un largo suspiro—No quiero discutir, cariño. Empezamos mal pero no quiero irme a dormir sintiendo que estamos discutiendo por algo tan tonto. Verás cómo se pasa el tiempo y cuando te des cuenta, ya estaré allí con ustedes.

—Si...seguro—ella deseaba poder hablar de lo que esa mujer le había dicho pero no quería discutir y cada vez que él se iba a Nueva York, era como hablar con otra persona. Podía ser el hombre más maravilloso cuando

estaba con ella pero cuando se iba de viaje era como si hablara con otra persona, un Joseph que ella no conocía.

—Te quiero. Dale un beso a Jo.

—Lo haré, nos vemos—colgó el teléfono casi a punto de llorar. No sabía si debía seguir esa relación donde unas veces se sentía feliz y amada y otras no. Las cosas parecían haber mejorado cuando él estaba en casa hace unas semanas. ¿Qué podría haberle pasado para que ahora estuviera así?

Era una mañana fría, pero el sol había salido y el paisaje aunque lleno de nieve, era precioso. Ya estaba en Febrero y no veía la hora de que tanta nieve se fuera para dar paso a la primavera. Tomó un sorbo de su delicioso café y siguió dibujando, hasta que le llegó un mensaje de Becky; “*Mira esto*”, era todo lo que decía y mostraba una foto del periódico de ese día, donde aparecía su esposo con una mujer que jamás había visto en su vida, pero lo que más le molestó fue el encabezado “*¿Amigos o Algo Más?*” Amanda enseguida fue a buscar el periódico que sorprendentemente no quiso leer ese día por tantas cosas que tenía que hacer. Lo tomó y abrió la sección de sociales, donde hablaban sobre una supuesta relación entre ellos y que en más de una ocasión los habían visto muy acaramelados, lo que hacía pensar que el matrimonio del empresario iba muy mal y que tenía un nuevo amor.

Amanda no sabía qué hacer, si echarse a llorar o tomar cada cosa en la casa y destrozarla de la ira que tenía. Así que era por eso que él no podía estar con su esposa y su hija. Resulta que las reuniones de la empresa eran en

realidad citas con su nueva conquista. ¿Porque no se le hacía raro? El Joseph que ella conoció alguna vez, no era el de ahora y ya que por fin la tenía encerrada en una casa cuidando a su hija, él podía ir a Nueva York a hacer lo que le diera la gana. El flujo constante de las lágrimas y la angustia que ahora se apoderaba de ella, eran demasiado. Sabía que no iba a tolerarlo, se conocía demasiado bien. Decidió salir un rato y tratar de calmarse porque si su hija la veía inmediatamente se daría cuenta de que estaba triste o molesta. Llamó a Becky y acordaron verse en un pequeño restaurante de comida Thai, que a ella le encantaba. Pero tuvieron la mala suerte de toparse con Ailyn Harris cuando salían del sitio después de que ella por fin empezara a tranquilizarse.

—Oh por Dios, no puedo creer semejante coincidencia. Precisamente me moría por hablar contigo, Amanda.

—Hola, Ailyn—la saludo con muy pocas ganas.

—Ya veo que estás igual de emocionada que yo—dijo con sarcasmo. Por cierto ¿viste la foto de tu esposo con esa belleza? Oh querida...debes tener cuidado, Joseph es un hombre rico, apuesto y desafortunadamente tú ya no eres la belleza de antes. A todas nos llegan los años ingratos. Obviamente sigues siendo una mujer bonita, pero sin la juventud, ni el cuerpo de antes—le guiñó un ojo—ya sabes, cosas de la gravedad.

—Viniendo de alguien como tú, lo tomaré como un consejo. Es obvio que los años ingratos te han llegado mucho que antes que a mí, por lo que debes ser toda una autoridad en el tema.

Eso pareció molestarle a Ailyn—Debe ser terrible ver que a tu esposo le gustan las jovencitas.

—¿No puedes dejar de ser chismosa, verdad? Es algo que hace parte de tu ADN.

—Amanda, querida. No mates al mensajero, tu enojo debe ir dirigido hacia quien realmente lo merece.

Amanda se fue alejando y le dio la espalda—no perderé mi tiempo hablando con una víbora amargada por ver mi felicidad, ya que ningún hombre se fija en ti, y lo peor de todo es que no lo hacen porque seas fea, sino porque desde que te conozco siempre has sido una chismosa, resentida y envidiosa.

—¿A quién le dices así?—se le fue encima y Amanda se dio la vuelta para encararla.

—No te tengo miedo, Ailyn. No soy de las que pelean en la calle, pero si me buscas, me vas a encontrar. Ya estoy cansada de tus malditos comentarios y de que te metas en mi vida como si tuvieras algún derecho.

—Señoras, por favor—Becky las llamó a la sensatez—están en medio de la calle y ya las empiezan a mirar. Por favor, compórtense. Pero Ailyn siguió vociferando—Yo misma lo vi coqueteando con su socia, Myra creo que es su nombre—empezó a reír como una loca—vas a tener que comprar en la ferretería de Andrew, una buena lima para lijarte esos cuernos enormes que te están saliendo, porque al parecer tu esposo busca consuelo en muchos brazos.

—¡Cállate! Maldita loca, no eres más que una peste. Toda la vida estarás sola porque nadie quiere a una mujer que solo está pendiente de la desgracia ajena para sentirse bien—le gritó Becky al ver que ya se estaba pasando— Y para tu información, esa chica no es más que una buena amiga de él que hasta ha estado de visita en la casa de Amada y Joseph con su novio con el que planea casarse muy pronto.

—Amanda la miró como si se hubiera vuelto loca—esa chica jamás había estado en su casa, pero decidió llevarle la corriente a su amiga.

—Sí claro y yo nací ayer.

—Oh por supuesto que no, eso lo sabe todo el mundo—empezó a burlarse—de lo único que estoy segura es de que los medios inventan cualquier cosa para ganar dinero, y eso lo debes saber tú, muy bien, porque es lo que siempre haces.

—Que sabes tú de lo que una mujer independiente y profesional, puede hacer cuando no eres más que una pobre ama de casa sin nada más que hacer que tener hijos.

—Algo que tu jamás podrás hacer—le dijo con rabia y tomó a Amanda de la mano—vamos, dejemos a esta loca hablar sola. Las dos se subieron al auto sin mirar atrás y allí quedó Ailyn gritando frente a todo el mundo como una desquiciada.

—Maldita mujer—dijo Amanda temblando de la ira.

Su amiga que iba conduciendo trataba de calmarla—Sabes cómo es ella, nunca ha sido una buena persona. Respira profundo, recuerda que debes clamarte porque vas para tu casa y allí está tu hija que no puede verte así de molesta.

—Lo sé, lo sé—respiró profundo como le aconsejó su amiga—No puedo creer que él me haga esto. Ahora soy el hazme reír de toda la ciudad—sus lágrimas caían a borbotones por sus mejillas—Esto jamás va a resultar. Este matrimonio es una farsa.

—Cálmate amiga, debes pensar con cabeza fría. Recuerda que no es bueno tomar decisiones cuando estamos molestos.

Joseph llegó cansado pero feliz de estar nuevamente en casa. Apenas entró vio a Jo, que se lanzaba a sus brazos y comenzó a reír. Ella era todo un torbellino, como lo era su madre a su edad. Buscó con la mirada a Amanda pero no la vio por ningún lado.

—¿Dónde está tu madre, linda?

—Está en casa de Becky. Me dijo que estaría allí toda la tarde y le dijo a Rosemary que estuviera al pendiente de lo que yo necesitara. Se veía triste—le informó enseguida.

—¿De verdad?

—Sí, ha estado así desde que vio tu foto en el periódico. Ella cree que no me di cuenta pero yo vi como lloraba viendo una foto tuya en el periódico y le decía a tía Becky, que quería alejarse de ti—sus ojos siempre alegres y llenos de vida, se entristecieron—¿Ya no quieres a mami?

—Oh cariño...—la abrazó fuerte—amo a tu mamá y te amo a ti. Eso no es algo que puedas dejar de hacer de un momento a otro, lo que yo siento por ustedes es para siempre.

No había terminado de hablar cuando escuchó el auto de Amanda, que llegaba. —Hija, que te parece si te vas a tu cuarto a jugar, mientras hablo con tu mami?

—Está bien, pero no vayan a pelear. ¿Lo prometes?

—Lo prometo—le sonrió tratando de calmarla—ahora sube rápido. La niña se echó a correr escaleras arriba en el preciso instante en el que su madre entraba por la puerta principal.

—Hola—la saludó tanteando el terreno.

—Hola—respondió secamente.

—¿Pasa algo?

—No lo sé, cuéntame tú. ¿Está pasando algo que deba saber?

Él la miró extrañado—no que yo sepa, pero por tu cara puedo decir que no estás precisamente de un excelente humor.

—Tienes razón, no lo estoy. Te mostraré porque—fue hasta donde estaba su bolso y sacó de él un periódico—esta es la razón—se lo entregó.

Joseph observó una foto donde estaba él con una atractiva mujer. Sabía bien quien era, Sara era una amiga y asesora de negocios con la que frecuentemente salía a ese tipo de evento de caridad, cuando no estaba Myra para acompañarlos. Pero obviamente los medios habían aprovechado el momento en el que reían por una anécdota de ella, y tomaron la foto para después colocarle el encabezado más venenoso que se les ocurrió.

—¿Que tienes que decir a eso?

—Es solo una amiga, Amanda.

—¿Cómo podría creerte? Te llamé para contarte que aquí estuvo tu amiguita Myra para decirme lo estúpida que soy al no darme cuenta de que ustedes son amantes desde hace años pero tú le das prioridad a tus negocios aunque te dije que era algo urgente, después me dices que no vas a venir ese fin de semana por trabajo pero resulta que estas con tu otra amante según lo que dice aquí. Veo como cambias cada vez que te vas, a tal punto que es como si fuera un hombre el que está conmigo aquí, él que conozco desde niña y fuera otro el que llama desde Nueva York. ¿Sabes Joseph? De verdad estoy cansada de que quieras vengarte de mí imponiéndome a tus amantes.

—Por Dios, Mandy, no crees que es un poco exagerada tu reacción?

Tienes que acostumbrarte a lo que los medios inventan, siempre exageran todo, siempre están metiendo a la gente en problemas.

—No tengo porque acostumbrarme a nada—su mandíbula temblaba de la ira que tenía en ese momento—.Me iré inmediatamente.

—No lo harás.

—No me lo vas a impedir, Joseph. Sí tengo que hacer un espectáculo en la casa o llamar a la policía para decir que me tienes secuestrada aquí junto a mi hija, lo haré.

—¿Y quién te va a creer? Pensarán que estás loca porque obviamente no las estoy reteniendo contra su voluntad. Pero en todo caso si quieres irte, será sola. He pasado muchos años sin mi hija por tu culpa, como para volver a perderla.

Ninguno de los dos se percató del pequeño bulto a un lado de la puerta que los miraba aterrada, escuchando como se decían cosas el uno al otro y gritaban. Jo, se sintió decepcionada de su padre, porque él le había hecho una promesa que no cumplió y ahora su madre lloraba. Pero también estaba sorprendida con lo que su padre acababa de decir ¿eso significaba que ella si era hija de él? Él la amaba no porque fuera su padrastro sino porque era su padre, real—su corazón estaba feliz, emocionado, pero al verlos discutir de esa forma sintió que era por su culpa y se fue corriendo. Quería irse a un lugar donde no tuviera que verlos gritarse y salió de la casa en dirección al bosque, a su escondite secreto.

Capítulo 11

Amanda subió después de seguir discutiendo con Joseph por más de una hora. Estaba agotada y ahora lo único que deseaba era ver a su hija y abrazarla. Mañana vería como salir de esa casa con su hija porque por nada del mundo le dejaría su niña a ese imbécil por muy padre que fuera de ella. Al pasar por el cuarto de su hija vio las luces apagadas y se le hizo extraño. Por lo general Jo, siempre la esperaba para que leyera un cuento antes de irse a dormir.

Se asomó con cuidado, sin hacer ruido porque pensó que tal vez se había dormido esperándola, aunque ni siquiera había cenado.—hija?—la llamó pero nadie le contestó—miró la cama y la vio vacía y se asustó—fue al baño para ver si estaba allí pero tampoco la vio.—Jo? Hija dónde estás? —le preguntó con opresión en su pecho. No escuchó nada y salió a buscarla en toda la casa, corrió por todo lado, entrando en cada habitación. Fue a la cocina y le preguntó a la cocinera y también a las otras chicas que trabajaban allí, pero nadie supo darle razón.

Oh Dios, mi hija—comenzó a sentir que le faltaba el aire—subió de nuevo a su habitación y buscó su abrigo. Iba a buscarla afuera ***”Dios mío, no permitas que haya salido al bosque”***—pidió internamente. Sí se le ocurría irse a esa hora cualquier cosa podría pasarla, no tenía idea de si estaba bien abrigada, si conocía el camino de regreso...nada. Joseph salía del estudio,

cuando la vio correr hacia la puerta.

—¿Que sucede?—la vio con preocupación al notar que estaba bañada en lágrimas.

—Jo, no aparece. No sé dónde está.

—¿La buscaste en su habitación?

—Por supuesto, fue lo primero que hice.

—Tal vez se ha escondido.

—No, nadie sabe dónde está y la he buscado por todo lado. Varias personas la están buscando en la casa, pero tengo el presentimiento de que ha salido.

—¿Pero a donde iría a esta hora?

—No lo sé—su tono desesperado le dijo a Joseph que estaba a punto de desmoronarse. Se acercó a ella y la abrazó—tranquila, la encontraremos. Llamaré a la policía—tomó su teléfono y llamó pero le dijeron que todavía era muy temprano para que la declararan como alguien perdido porque podría estar en la casa en alguna parte donde ellos no habían visto. Ellos no esperaron a que la policía decidiera ayudarlos y fueron a buscarla por todo lado y luego al bosque con dos hombres más que trabajaban en la casa. Todos iban con linternas, gritando su nombre, pero Jo, no aparecía. Toda la noche la buscaron, turnándose , con otras personas y hasta Andy, junto a Becky ayudaron, pero al ver el amanecer asomarse, sus rostros mostraban el temor que ella sentía.

—Vamos ,Mandy. Es mejor que entres a la casa y te tomes algo caliente, hace mucho frío—le dijo Joseph. Estás temblando, y nosotros podemos seguir buscando mientras tú y Becky esperan adentro.

—No voy a ningún lado. ¿Crees que me tomaré algo caliente pensando en que tal vez mi hija esté muriendo de frío allí afuera?—sus ojos estaban hinchados de tanto llorar.

—En cualquier momento va a parecer. La policía tiene sabuesos que tienen su olor y es cuestión de tiempo para que la encuentren.

—Hasta no verla aquí, no creeré nada—se abrazó a él—tengo tanto miedo de lo que pueda estar pasando mi bebé allá afuera.

—Todo va a salir bien, cariño. Ya lo verás—le dio un beso en la frente y el toque de sus cálidos labio la hizo sentir segura.

Al medio día, la policía llamó para decir que habían encontrado a la niña pero que tenía hipotermia y que la llevaban directamente al hospital más cercano. Todos dieron gracias, pero se preocuparon mucho por el estado delicado de la niña. Joseph salió inmediatamente con Amanda en dirección al hospital y mientras él manejaba todo el tiempo fueron tomados de la mano, dándose apoyo. Cuando por fin llegaron, hablaron con el doctor a cargo, que les informó del estado de la niña. Al parecer si había llegado con hipotermia pero estaban tratando de estabilizarla. Tenía unas cortadas leves y magulladuras que seguramente se había hecho en alguna caída.

—Todavía no, pero en poco tiempo podrán. Ella sigue muy delicada aunque fuera de peligro.

—Oh Dios, esto pasó porque soy una estúpida, una mala madre, debí

estar más pendiente de ella—su cuerpo temblaba y Joseph supo que estaba pasando por un ataque de pánico.

—¡Basta, Amanda!—tú no eres una mala madre, eres la mejor que conozco y eso pasó porque ella es una niña y los niños no piensan en los peligros. Pero ella empezó a hiperventilar y entonces fue el doctor el que se hizo cargo, llamó a una enfermera y la llevaron a una habitación donde la atendieron. Veinte minutos después ella estaba sedada pero aun así lloraba en los brazos de Joseph, preocupada por su hija.

Los días que siguieron fueron estresantes para ambos porque Jo, seguía delicada y al parecer ahora tenía pulmonía. Le estaban haciendo nebulizaciones, estaba constantemente en terapias respiratorias pero no veían mucha mejora. Ellos se habían unido mucho y las cosas entre los dos se habían arreglado porque se habían dado cuenta que lo primero era su hija, de manera que acordaron hablar las cosas y no gritarse todo el tiempo hasta por las cosas más insignificantes.

—Discúlpame. Yo sé que te herí todas esas veces que me iba de viaje y me portaba indiferente contigo. Es solo que no es fácil ser el dueño de una empresa y tratar con pirañas con las que todo el tiempo tengo que competir y luego llegar en la noche al hotel y ser romántico con mi esposa. Últimamente algunos negocios no han salido bien y al parecer era un empleado de la empresa que estaba entregando información a la competencia.

—¿Lograron arreglar el problema?

—Lo hicimos pero le costó muy buenos negocios a la empresa. No quería preocuparte con esas cosas, por eso no te lo conté.

—Has debido hacerlo, mi amor. Sí lo hubiéramos hablado, yo no habría pensado que era algo más y tal vez no habríamos estado discutiendo tanto.

—Lo sé, y te prometo que no volverá a pasar, pero tú tampoco puedes pelear conmigo por cualquier cosa y enseguida decir que te iras de la casa con Jo. ¿Sabes cómo eso me hace sentir?

—Yo...también me disculpo por haber pensado mal de ti, y por eso— tomó su mano y la acarició—de verdad lo siento.

Joseph le besó la mano—ya está olvidado, amor. En cuanto a Myra, hablaré hoy mismo con ella y le pondré las cosas en claro.

Pero no hubo necesidad de buscar a Myra porque ella fue hasta el hospital fingiendo interesarse por la salud de la niña. Se presentó allí, sin vergüenza alguna después de todo lo que le había dicho a su esposa.

—Oh Joseph, que terrible. Cuando me enteré vine enseguida, imaginé que necesitabas apoyo para este momento.

Joseph la tomó por el brazo y la llevó aparte —Myra ¿Qué diablos haces aquí? Sé todo lo que le dijiste a mi esposa.

—¿Que fue lo que le dije?

—Sabes muy bien—la miró despectivamente—jamás me imaginé que fueras ese tipo de persona. Ahora me doy cuenta de que todo este tiempo lo único que has hecho es fingir delante de mi familia y de mí, mientras planeabas como separarnos.

—Lo que sea que ella te haya dicho, no son más que mentiras. Amanda siempre me ha odiado desde que me conoció, no sé porque tiene celos de mí, tal vez porque paso la mayor parte del tiempo contigo.

—No más mentiras—perdió la paciencia. No quiero que vuelas a ir a mi casa, no quiero que hables con mi mujer. Tú y yo solo somos socios y si no puedes respetar que soy un hombre casado, lo mejor será que disolvamos esta

sociedad.

La cara de ella se transformó con ira—de verdad estás diciéndome esto, solo por culpa de esa mujer? Nosotros éramos felices antes de que ella llegara a nuestras vidas. Solías divertirme conmigo, hacíamos el amor a toda hora, en cualquier lugar y los disfrutabas. Pero desde que decidiste jugar a la casita te has vuelto un maldito idiota. Sí de verdad es lo que deseas terminaremos nuestra sociedad pero ten por seguro que te saldrá muy caro—se dio la vuelta y se fue de allí.

Una mañana Joseph y Amanda reciben una llamada del hospital donde les dicen que Jo, ha despertado y quiere verlos. Ellos felices van corriendo y el doctor les dice que afortunadamente han logrado mantener a raya la pulmonía y que la niña está respondiendo muy bien al tratamiento

—¿Podemos verla? — preguntó ella sintiendo que si no abrazaba a su bebé, se moriría.

—Por supuesto, sé que han estado esperando esto por días—el médico sonrió comprensivamente.

Ambos se dieron prisa y entraron en la habitación donde ella estaba acostada en una enorme cama, que se veía gigante para su pequeño cuerpecito.

—¡Mi vida!!—abrazó a su hija. ¿Por qué te fuiste de esa manera? No sabes el susto que nos has dado a tu papá y a mí.

—Lo siento mami.

Joseph la abrazó también cariñoso, no debiste hacerlo. Es muy peligroso. Si te hubiera pasado algo, no sé qué habría sido de nosotros. Cuéntanos ¿Por qué te fuiste así, bebé?

—Es que los vi a ti y a mami peleando , se estaban gritando muy feo.

Joseph suspiró y negó con la cabeza—lo siento, Jo. Sé que te prometí que no discutiríamos pero a veces los seres humanos somos tontos.

—Cuando me fui al bosque , solo quería estar un rato en mi escondite secreto, pero una osa enorme me vio y me persiguió. Entonces yo me escondí en la casa vieja que vimos una vez cuando paseábamos en el bosque. En el sótano que hay allí y la osa no pudo abrir la puerta. Creo que se cansó y se fue. Pero yo no me atreví a salir y por eso pasé la noche allí, pero hacía mucho frío.

—Entiendo, tesoro—su madre acarició su cabello suavemente—¿ y después que hiciste?

—Cuando vi que era de día, salí del escondite y me fui corriendo por el bosque vigilando que la osa ya no estuviera por allí, pero me perdí y comenzó a nevar—observó a su madre con confusión—después de eso, no me acuerdo de lo que pasó.

—Los policías te encontraron junto a un árbol. No decías nada y ellos se preocuparon, por eso te trajeron aquí.

—Oh sí, eso sí lo recuerdo. Me envolvieron en muchas cobijas y me pincharon.

—Oh mi vida ¿te dolió mucho?

—Solo un poquito.

—Esa es mi chica valiente.

—Después me dieron una sopa muy rica y me dijeron que ya tenía mejor temperatura, pero luego me volví a sentir mal.

Amanda supuso que eso fue cuando se enfermó de pulmonía.

Joseph besos ambas manitos de su hija—Bueno, pero ahora todo está bien, bebé, y eso es lo importante.

—¿Tu eres mi papi de verdad?—le preguntó de repente.

Joseph se sorprendió al escucharla—¿cómo sabes eso?

—También lo escuché cuando estaban gritando.

Joseph le dio un beso en la frente—lo soy—se removió en su silla con nerviosismo— ¿Qué te parece esa noticia? Él realmente no sabía si la niña le guardaba rencor a su verdadero padre por no haber estado jamás en su vida. Aunque Amanda le había dicho que le dijo a la niña que su padre estaba en un viaje muy largo, y todos los años le escribía cartas de parte de él para su cumpleaños, para navidad y hasta para san Valentín donde le hablaba del amor que sentía por ella.

La pequeña solo lo abrazó y él se sintió aliviado—Te quiero muchísimo, Jo.

—Yo también, papi—luego lo miró con curiosidad—¿porque nunca viniste a verme?

—Estaba ocupado cariño, en ese trabajo no lo dejaban salir mucho—contestó enseguida Amanda.

—Pero siempre estuviste en mi mente, mi amor. No veía la hora de ver a mi chiquita, y tu mami me enviaba muchas fotos tuyas—le mintió para no romper su corazón.

—Yo me siento feliz de que seas mi papi de verdad, siempre quise

conocerte, y ahora es como si acabara de recibir otro regalo de Santa, aunque ya no sea navidad.

—Yo siento lo mismo, amor—miró a su hija consciente de que tenía una bendición frente a él, y haría lo imposible por cuidarla, luego abrazó a su hija y a su esposa entendiendo que en ese mismo instante estaba saboreando la felicidad.

Epílogo

Dos años después...

Joseph se levantó de la cama por los gritos que se escuchaban a fuera. Estaba tratando de tomar una siesta ya que esa misma tarde había llegado de Nueva York después de una mañana agotadora y de poner en orden algunas cosas de la empresa. Amanda no estaba por ningún lado, así que se levantó y fue a ver por la ventana. Allí vio a su hija corriendo de un lado a otro con su nueva labradora Fiona, que la perseguía feliz mientras la niña gritaba a todo pulmón “No me alcanzas” No muy lejos de aquel cuadro, estaba Amanda, arrullando al pequeño Oliver; su segundo hijo que tenía un año. Amanda y él se habían casado nuevamente y esta vez habían botado la casa por la ventana en una fiesta que duró hasta el amanecer, con todos sus amigos y conocidos. Ella por fin pudo colocarse un hermoso vestido diseñado por ella, no como la primera vez donde todo fue tan rápido que le tocó comprar el primero que vio. Además ahora ella estaba feliz y su rostro lo mostraba a todo el mundo, su hija disfrutó tanto de la fiesta como ellos y orgullosa fue delante de su madre dejando caer pétalos de rosas todo el camino. Fue un día muy especial que ellos siempre recordarían.

Ahora, Amanda estaba radiante, vivía feliz y en cuanto a su relación de pareja cada vez estaban mejor. Ya no peleaban todo el tiempo, ni se gritaban porque sencillamente se amaban tanto que odiaban ver al otro mal y habían aprendido a conocerse de nuevo, a dialogar y a mantener a raya el temperamento fuerte de ambos. Su página era todo un éxito y ella vivía feliz de llevarla desde casa para poder dedicarles todo el tiempo posible a sus hijos. La casa también funcionaba ahora como un sitio de hospedaje temporal con todas las comodidades y encontró una chica ideal para ese cargo, que aunque era un tanto callada y tímida, resultó ser una excelente trabajadora.

La pequeña Jo, ahora era una jovencita que se la pasaba cuidando sus caballos y en clase de equitación; adoraba montar a caballo todo el tiempo y según les había comentado, deseaba estudiar veterinaria porque quería ayudar a todos los caballos y demás animales a ser felices. Su relación con ella era perfecta y estaban más unidos que nunca, ella era su niña, su orgullo.

Todo era perfecto, no sabía si siempre sería así, pero no pensaba desaprovechar ni un minuto de esa felicidad y afortunadamente las personas que amenazaban esa tan protegida felicidad, ya se había ido de sus vidas. Su socia al final perdió la demanda y se fue a hacer su propia empresa que ahora competía fuertemente con la de él, pero eso no le quitaba el sueño. Myra podía hacer lo que le viniera en gana, y sencillamente a él jamás le importaría. Sabía que todo lo hacía por despecho pero él siempre fue sincero con ella desde el principio y le dijo que no podía sentir por ella lo que había sentido por Amanda, incluso cuando todavía las cosas no estaban bien entre ellos, y él no estaba enterado de que tenían una hija. Esperaba por el bien de ella que consiguiera a alguien a quien amar y que lo dejara en paz.

Una voz llamándolo lo hizo mirar hacia abajo y vio a su esposa haciéndole señas, lo llamaba para que bajara. Él sonrió y bajó enseguida, al verlo se acercó—tu hijo está algo inquieto hoy, creo que prefiere tus enormes brazos a los míos. La alegría burbujeó a través de él, como sucedía cada vez que la veía, y un deseo irrefrenable se apoderaba de todo su cuerpo.

—Estabas tan pensativo allá arriba que por un momento pensé que te había perdido.

—¿Qué te parece si dejamos los niños con su niñera? Nos vamos un rato lejos de aquí para demostrarte cuanto te amo y que mis pensamientos solo te pertenecen a ti—acarició su largo cabello—necesito hacerte el amor, de nuevo.

Amanda sintió como si un calor gigante se apoderara de todo su cuerpo con solo evocar imágenes de él y ella haciendo el amor. Le entregó el pequeño Oliver a la niñera y tomó a su esposa de la mano mientras se miraban como dos eternos enamorados.

FIN